# Voces de ultratumba

Libro de leyendas

David Ezquivel Ramírez







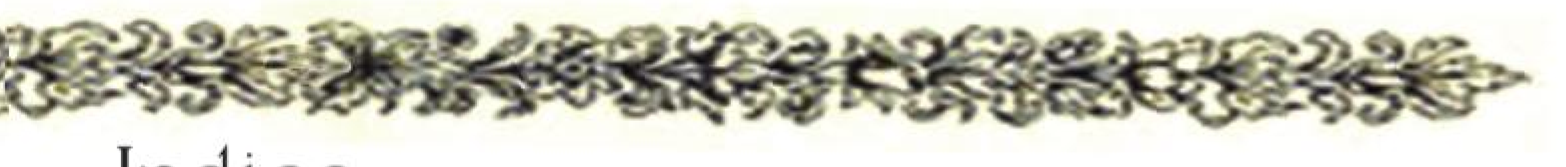


Leyendas Mexicanas
Durango, Dgo, México
Todos los derechos reservados
Del texto de: Javier Solís

Edición
Editirial Erikson S.A de C.V
Calle Guadalupe 316, Zona Centro
Durango, Dgo, México. CP. 34000
Teléfono. 8136461

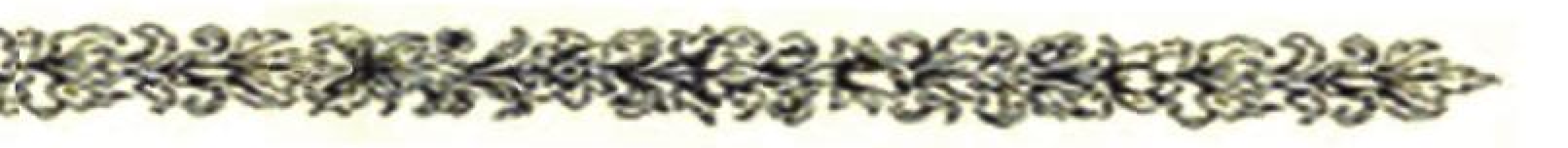
Primera edición, Octubre 2010
Tercera reimpresión Enero 2013

ISBN: 978-125-68-585
Impreso en México
Todos los derechos reservados, esta publicación no puede ser reproducida en todo ni en partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



# Indice





# La muchacha que bailó con el Diablo

Santiago Bayacora es un pequeño poblado que se encuentra a pocos kilómetros al sur de la ciudad de Durango .

Los antepasados de Santiago recuerdan que cuando el gobierno intentó aplicar la Constitución Política sometiendo a control los actos religiosos y la vida de los sacerdotes, varias personas de esta y otras partes del país, buscaron defender sus creencias, rebelándose contra el gobierno. Se emprendió así una rebelión de los cristeros que en esta congregación encabezó el sacristán de la iglesia Trinidad Mora que como cristero atacó al enemigo por medio de guerrillas. La rebelión cristera se extendió desde el año de 1926 hasta después de 1930 y fueron muchas las víctimas de estos sucesos.

Por ese motivo, el pueblo casi quedó desierto, sólo unas cuantas familias que no se enrolaron en el movimiento que no resultaron sospechosas, continuaron viviendo en el lugar.

Dentro de los santiagueros más renombrados se hallaba una muchacha de nombre Ricarda Campos. Era muy conocida en la región por su belleza: de ojos grandes color de esmeralda, de cabello rubio, brillante y sedoso, nariz aguileña y labios finos tan seductores como esperando la caricia de un hombre. Su cuerpo alto y bien proporcionado; Siendo todo un conjunto de gran admiración que conmovía al mas escéptico caballero. Además su voz y comportamiento hacían gala de una persona alegre y sencilla, lo que le permitía fácilmente comunicase con los demás. De un aspecto sensual, bullanguero pero precavido.

Gustaba de cuanta fiesta se realizaba en la región y complacía y a todos los que le invitaban a bailar, puesto que era su mayor diversión, permaneciendo hasta que la orquesta tocaba el último son. Su jovialidad se hizo tan popular en la región que varios jóvenes acudían especialmente de la ciudad de Durango a las fiestas de esa parte esperando tener la fortuna de bailar con la bonita Ricarda.

Ella por su parte también se deleitaba mostrando sus cualidades femeninas; circunstancia que despertó la inspiración de muchos que aprovecharon para cortejarla y declararle un apresurado enamoramiento, sin que ninguno fuera correspondido, porque ella mantenía la preferencia de seguir libre para disfrutar con toda holgura su juventud.

Así transcurría la vida jubilosa de aquella encantadora muchacha en la realización frecuente de los bailes por toda aquella comarca, hasta que un día llegó a oídos de uno de los hijos del alcalde de Durango, quien de inmediato se ilusionó de tener ante sí a aquella bailarina, ansiando pronto ser enterado de la realización de alguna fiesta para acudir en busca de aquella doncella, a la que aseguraba enamorar por cualquier medio hasta verla en sus brazos. A poco tiempo se cumplia aquel anhelo, pues el 25 de julio cuando los santiagueros celebran las fiestas del santo patrono, Santiago Apóstol, acostumbraban a cerrar los



festejos de su iglesia con la celebración de un baile.
Con esmero y cuidado, vistiendo un hermoso casimir y portando finas joyas, se traslado en un carro especial aquel ilusionado caballero en busca de la atractiva jovencita.
Al llegar al jolgorio, luego dio con la prenda que le habían anunciado, pues ya se encontraban bien dispuesta para bailar con el primero que la invitara.

Se acercó a ella aquel joven apuesto dejando entrever su condición social y económica como queriendo cortejarla; la invito a bailar, lo cual ella aceptó gustosamente, con ello el caballero presumía el principio del triunfo de su conquista. Sin embargo a pesar de que mucho platicaron mientras que la orquesta amenizaba sus melodías, el obsesionado caballero no logró conseguir su propósito y sumamente decepcionado se regresó a la ciudad de Durango, y como despecho le comunicó a su padre en forma alevosa y exagerada que por el rumbo de santiago Bayacora se realizaban frecuentes orgías con excesiva venta de cerveza y mezcal. Estas eran las causas, según él por las que los vecinos con frecuencia se estaban rebelando contra el gobierno, por lo que le sugería ordenara cuanto antes la suspensión de todos aquellos fandangos, cosa que así fue.
Esta disposición desde luego, vino a afectar la vida voluptuosa, de Ricarda, porque transcurrieron varios días y meses sin que en ese lugar se realizará ninguna fiesta.
Desesperada por aquella mala temporada, una noche cuando en el oriente aparecía la irradiante luna llena, sentada en una vieja silla de tule, en el patio de la casa, envuelta en melancolía imploraba algún medio que permitiera conseguir la continuación de las fiestas en las casas de aquella región.

En eso estaba cuando se le ocurrió decir: -como quiero que pronto haya un baile en este pueblo, tengo muchas ganas de bailar, pues si ahorita el diablo me invita con el mismo que salgo a bailar.
No acababa de decir estas palabras cuando de repente se paro en aquel patio frente a ella, un jinete muy guapo montado en un gallardo caballo, que con voz ronca y suave le decía: -Ricarda, Ricardaaaa, vengo a invitarte a un baile que tiene lugar aquí cerquitas... acepta??
A lo que ella repuso, -pues si me espera a que me arregle, caballero galante, con gusto lo acompaño, siempre y cuando usted me lleve y me traiga.
-Desde luego que si.
Poco tiempo tardo en arreglarse y juntos salieron al rancho de Puerta de Cantera donde se realizaba el dichoso baile..
Ahí se divirtieron de lo lindo y cuando iba a amanecer le dijo el caballero a Ricarda
Ricarda ya nos hemos divertido ¿ le parece a usted que volvamos a su casa?? A lo que Ricarda contesto afirmativamente.
Iban los 2 montados en el brioso caballo a todo galope y cuando se aproximaban al panteón que se encuentra a media

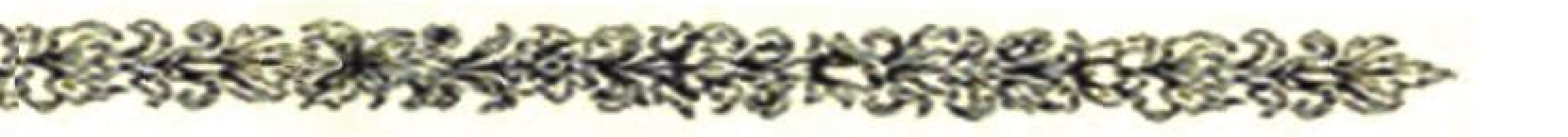


ción de estos ranchos se oyó el cantar de un gallo que anunciaba el amanecer.
Esta era la señal para que le diablo abandonara sus correrías por esta vida.
Así la joven Ricarda fue arrojada al suelo quedando envuelta en humo y un insoportable olor a azufre.
Al clarear el día los vecinos quedaron sorprendidos de ver que la joven Ricarda en otro tiempo la mas bella muchacha de Bayacora estaba demacrada con quemaduras y rasguños en todo el cuerpo; y su linda cabellera además de ahumada desprendía un olor desagradable como de muchos días sin asearse.

Cuando la gente quiso averiguar sobre estos hechos, ella contestaba que no recordaba lo que le había ocurrido.

Esto fue un misterio que todavía mantiene muchos lugareños con la idea que fue el designio de Dios por la vida lujuriosa que llevaba

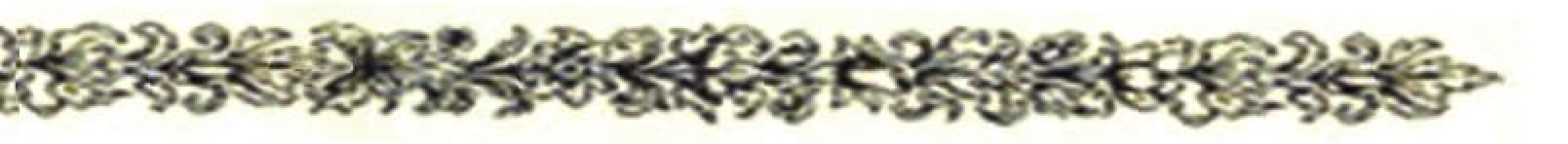




# La monja de la catedral

Una leyenda de los años 50 que cuenta que Beatriz una joven devota de la iglesia quien descubre el amor por un soldado francés, en medio de la invasión de dicho país a México, herido el joven llega pidiendo auxilio a la casa de la tierna monja que por mas que intento resistirse no tubo otra opción que darle asilo en su vivienda donde descubrió que Fernando era el amor de su vida.
Al finalizar la invasión francesa en México Fernando tubo que huir de Durango con una triste despedida dejo a Beatriz con la promesa de regresar algún día, partió rumbo al puerto de Mazatlán pero en la antigua hacienda de tapias fue intersertado por un grupo de elementos del ejército mexicano quienes dieron fin a su vida.
Pasaron tres meses sin tener noticias de su amado, la confortaba la idea de que el no le escribía por que estaba próximo su regreso y todos los días todas las tardes y todas las noches Beatriz trepaba a lo alto de la catedral a hogar el horizonte esperando el retorno de Fernando.
Hasta que una mañana del mes de abril a las primeras luces del alba cuando el sacristán del templo abría la puerta mayor de la iglesia vio el cuerpo de una mujer tirado que con los brazos abiertos y sobre el suelo estaba muerta en el piso estampada en lo alto de la torre de donde contemplaba el horizonte.
Beatriz murió de la caída de mas de treinta metros de altura y desde entonces todas las noches se ve la silueta de una monja vestida de blanco en el campanario de la torre izquierda de la catedral de Durango, de rodillas contemplando el occidente implorando por el retorno de su amor.





# La Cuca mía

Eran los primeros años de la Revolución Mexicana cuando el joven Gabriel Gavira se incorporo al ejército que luchaba contra la Dictadura Porfirista. Participo en innumerables combates donde se distinguió por su valentía y pronto escalo todos los grados de la oficialidad hasta llegar a General Brigadier.

Recorrió en su carrera militar muchas ciudades de la Republica y en una de ellas sucedió lo inesperado. Conoció en la ciudad de Guanajuato a una dama de nombre Maria del Refugio que por su belleza lo impresiono. Era una mujer de gran belleza de la cual el militar se enamoro perdidamente y a la que por cariño llamo Cuca.

Todas las noches se veían en el balcón de la casa y pronto hicieron compromiso de matrimonio concertando la realización del evento para una fecha muy próxima. La noticia se extendió por todo el vecindario.

De pronto llego a la jefatura de Operaciones Militares de la ciudad minera, un escueto telegrama que decía: "Es urgente la presencia de la Brigada que comanda el General Gabriel Gavira para que se presenta de inmediato en la ciudad de Zacatecas". El comandante de la plaza llamo al militar dándole esta orden escueta: - Mi general: por instrucciones superiores debe estar usted el día de mañana en la ciudad de Zacatecas. Acuartele su tropa y saldrá esta misma noche. Aquella orden le cayó al militar como un baño de agua fría, encuadrándose ante quien le daba la orden, hizo el saludo militar y contesto:

- Enterado, mi general. Serenamente ordeno que se tocara llamada a oficiales se reunió con ellos, les informo la salida urgente de la brigada y ordeno se tocara llamada de tropa para acuartelar. Se pudo desocupar un poco a las ocho de la noche y con paso firme se dirigió hacia la casa de su amada para darle la noticia.

Al tocar la puerta, salio la muchacha, se le colgó del cuello y le dio un beso, el militar fingiendo serenidad le contesto: -Te vengo a avisar, que la boda se realizara un poco tiempo después de la fecha que habíamos señalado, en virtud a que yo salgo para Zacatecas esta misma noche.

Cuca prorrumpió en llanto y le dijo: -No mi amor, no me dejes: yo me voy contigo. No se hablo más, Maria del Refugio abordo el tren militar y salio acompañando a su amado como estaba previsto a las diez de la noche en punto. Poco tiempo estuvieron en la ciudad antes referida, las operaciones de la guerra reclamaron la presencia de esa brigada constitucionalista para desalojar a las tropas del Centauro del Norte de la ciudad de Torreón. Cuca como inseparable soldadura acompaño a su esposo. El combate fue reñido, al fin las tropas villistas abandonaron la plaza y la Brigada entro con honores a la Perla de la Laguna. Paso el tiempo y considerando presidente Carranza, que Villa tenia siempre en jaque a los Estados de Durango y Chihuahua ordeno al general Gavira se hiciese cargo de la Comandancia Militar y Gobierno de Estado de Durango. Así Maria del Refugio se convirtió en la primera dama del Estado. El día 24 de febrero de 1918, las fuerzas del Cen



tauro intentaron formalmente destruir un gran contingente militar federal que se encontraba acantonado en Santa Maria del Oro, Dgo.
Al conocer esto el jefe de operaciones militares decidió salir con un fuerte contingente de tropas a batir a los villistas. Así salio el General Gavira a hacerse cargo del personal de acciones militares. Cuca se quedo con el corazón partido no pudo acompañar a su esposo. Se encontraba embarazada de su tercer hijo y su estado se salud era delicado. Al despedir al General le dijo:
-Dios te ha de cuidar y si te toca la de malas, deja dicho que trasladen tu cadáver a mi presencia para darte el beso en el que estamos comprometidos.
El militar tuvo suerte salia airosa en su campaña y consiguió replegar al enemigo. Entusiasmado, regreso a la ciudad de Durango para incorporarse a su esposa amada; solamente que el destino le había dispuesto lo inesperado. El delicado estado de salud de Maria del Refugio no resistió la angustia de la ausencia del esposo querido que se encontraba en peligro y falleció repentinamente. Inútiles fueron los esfuerzos realizados por avisarle al General Gavira.

. Cuando llego a su casa hacia veinticuatro horas que se había sepultado a su esposa. Recordó lo que su mujer le había dicho en el momento de su partida y sin meditarlo mucho se hizo acompañar de un pelotón de soldados y se dirigió al Panteón de Oriente.
Al llegar al sepulcro sin mayores trámites ordeno la exhumación del cadáver. El quería contemplar a su amada y entregarle el beso postrero de despedida. Grande fue su sorpresa y mayor su desesperación, al abrir el féretro y constar que el cuerpo estaba bocabajo y en las manos acusaba huellas de haber hecho esfuerzo por abrir la caja. Todo manifestaba que la señora había sido victima de un letargo solamente y había vuelto en si cuando se encontraba ya sepultada. El general lloro como niño, llamo a varios doctores para que la revisaran; la hizo velar dos noches seguidas con la esperanza de un milagro de resurrección. Todo fue inútil, Maria del Refugio estaba bien muerta. Gavira desconsolado le entrego el beso de compromiso y sobre su tumba ordeno que con letras de bronce se escribiera el siguiente epitafio. 17 de Octubre de 1918

I

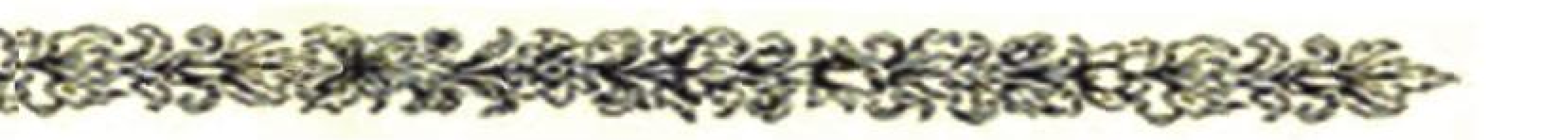
Fue a un tiempo honrada y hermosa
raro en mujer sin fortuna
cual ninguna cariñosa
discreta como ninguna.

II

Nuestras vidas se fundieron
de amor al fuego candente
mas las iras atrajeron
del que dichas no consciente

III

Y arrebatar mi tesoro
llegóse la muerte impía
llevándose a la que adoro
en mi ausencia. Cuca mía



Así en el lote No.261 letra E de la Mansión de Reposo destruida y abandonada permanece la tumba de Cuca la que en un tiempo fue la Primera Dama del Estado de Durango.

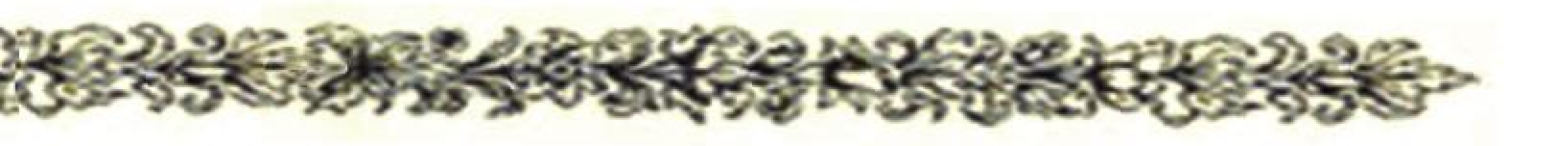




# Cuando se dijo que se acabaria Durango

Corría el año de gracia de 1974, el año aquel en que sucedieron muchas cosas, cuando en el meritito día de la Santa Cruz, Dios guarde la hora, a las tres de la tarde, un tecolote se paro en la iglesia del Señor de la Expiración del Nayar y luego se puso a cantar como si lo hiciera a la luz de la luna en la media noche. La gente se horrorizo por el siniestro presagio y al contemplar el cielo miró que surco el firmamento una parvada de pericos verdes en señal de mal agüero.
Cuando todos se preguntaban que iría a pasar, una vieja ya entrada en años, renca y con el cuerpo encorvado, la cara llena de arrugas y con una verruga negra en la nariz, dijo con voz pausada al numeroso grupo de mirones que la rodeaban. Esta escrito, que sobre la ciudad de Durango caerá una gran tormenta, una tromba, culebra o tornado que inundará el Valle del Guadiana, arrasara con todo y no quedara ni una sola casa. Nadie saldrá con vida, solamente los que abandonen la ciudad antes de que termine la luna del mes de junio.
El terrible siniestro no se podrá evitar, porque la profecía se cumplirá al pie de la letra y después de muchos días, tal vez meses o años, cuando ya no quede de la vieja ciudad ni un solo rastro, pasará por donde hagan cruz los caminos, un hombre viejo, que arreando un burro expresara en voz alta.
¡Aquí estuvo la ciudad de Durango! Cuando la vieja termino el discurso, la multitud que la rodeaba, no dijo nada, taciturnos y tristes se dispersaron llevando una gran angustia en el corazón. La noticia se extendió como reguero de pólvora, que prendida por el fuego, se extiende por todas partes sin que se pueda evitar.
Un viejo arriero que conducía un atajo de jumentos cargados con carbón y llegaba a la ciudad por el rumbo de la cuesta de la cruz cuando en el barrio del santuario de Guadalupe recibió la noticia de que estaba próximo el fin de la CD. De Durango, exclamo sin inmutarse. Es muy cierto a mi me dijo la pitonisa doña Concha que cuando el tecolote canta de día, estará próximo el momento en que de día o de noche, saldrá el toro negro de cuernos de oro que asiste en las entrañas del cerro del mercado, el cual se enfrentara con el borrego de dos cabezas, que oculto en el cerro de la campana, permanece encantado por muchos siglos, desde cuando el toro le ganó la pelea se apodero de la montaña de plata. El borrego de dos cabezas no se ha dado por vencido, saldrá a reclamar sus dominios.
. El encuentro será cataclismico, la luna oscurecerá al sol, millones y millones de litro litro de agua se precipitaran sobre la tierra, rayos y centellas iluminaran el universo y la ciudad de Durango desaparecerá de la faz de la tierra, como desapareció la ciudad de la Atlántida y aquí en México el puerto de Bagdad en el Edo. De Tamaulipas.





# El alacran de la carcel de la ciudad de Durango

En las postrimerías del siglo XIX cuando el gobierno del general Porfirio Díaz se encontraba perfectamente consolidado, existió en la antigua cárcel de Durango la "Celda de la Muerte", llamada así porque al desgraciado que metían allí, amanecía muerto misteriosamente.

La cárcel de referencia se encontraba en la actual avenida 20 de Noviembre entre las calles Francisco I. Madero y Pasteur en la ciudad capital. Esta es la leyenda de Juan, el reo que sin saber que estaba sentenciado a muerte descubrió el misterio.

Por los años de 1884, en la antigua hacienda de Cacaria, hoy ejido Nicolás Bravo, existió una familia numerosa y uno de sus hijos se llamaba Juan. Era un muchacho de piel morena, ojos negros, alto y robusto. Sus compañeros le decían Juan sin miedo, asociando su nombre con el personaje de un cuento así denominado. Las gentes decían que en realidad no conocía el miedo, porque lo habían visto montar potros brutos que ya habían tumbado a todos los caporales de la hacienda y Juan ya había conseguido dominarlos.

En otra ocasión, en una fiesta campirana cuando se celebraba el día del Santo del Patrón, Juan con una cobija de franjas de colores, había capoteado al toro mas bravo que un día antes habían bajado de la sierra. El señor cura recordaba con frecuencia la vez que a Juan lo habían visto subir al campanario de la torre de la iglesia a robar los huevos del nido de una golondrina. Esas y muchas anécdotas pintaban a Juan como el joven mas valiente del pueblo, por lo que el muchacho se sentía orgulloso y empezó a creer que efectivamente el no le tenía miedo a nada.

En una ocasión llego un perro con rabia a la hacienda. La población se alarmo y cerrando la puerta de su casa todos trataban de ponerse a salvo de una mordedura. En la escuela, el profesor no supo del peligro y les dio salida a los niños cuando el perro pasaba por ahí. Juan contemplaba aquello desde su casa que se encontraba frente al galerón viejo que servía de escuela. Al mirar el peligro, Juan no lo pensó dos veces, descolgó de la pared la escopeta de la familia que se encontraba cargada y apuntando desde dentro de su casa le disparó al animal, en el preciso momento en que doña Elvira, a la que todos le decían Viron, se atravesaba tratando de proteger a su hija Catalina que salió de la escuela. Virón cayó al suelo envuelta en borbollones de sangre y sacudiéndose por las convulsiones de la muerte. El balín de mas de un centímetro de diámetro le había destrozado el pecho. Juan no se amilanó ni trató de emprender la huída, comprendiendo que no había tiempo de cargar de nuevo la escopeta, tomó serenamente el hacha de partir leña y salió a la calle a enfrentarse con el perro rabioso. Corrió hacia el en el momento que el animal se dirigía a perseguir a unos niños y quedando los dos frente a frente,



mientras el can gruñendo enseñaba sus colmillos en actitud de ataque, Juan serenamente calculaba el golpe con el que le dio muerte y regresó a mirar a Virón, la abrazó, la levantó, le tomó el pulso y sintió las últimas pulsaciones de un corazón humano que dejaba de funcionar. En postrera esperanza de que se realizara un milagro, le habló: ¡Doña Elvira! ¡Doña Elvira!, al mismo tiempo que un grupo de mirones se apretujaban unos a otros tratando de dar fe de lo ocurrido.

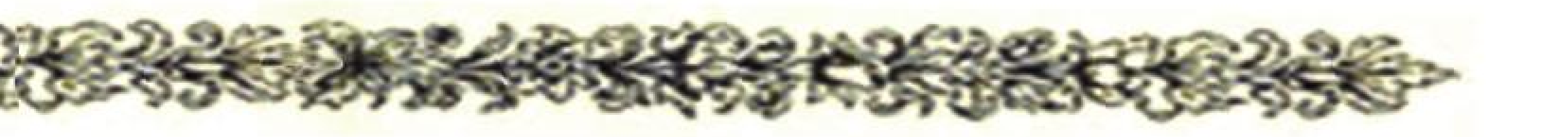
Llegaron al lugar de los hechos, el patrón, el cura y don Timoteo que era el Juez de cuartel de Cacaria, La gente se hizo a un lado; don Procopio el hacendado, preguntó: ¿Cómo sucedió esto? Juan sin inmutarse explico los hechos palmo a palmo. Los tres escucharon sin interferencia, cuando en el relato se trató del perro, don Procopio levantó la cabeza y por debajo de su sombrero charro divisó el animal que estaba tirado donde Juan le había dado el hachazo. Al final de aquella improvisada declaración, el hacendado que era el único que hablaba.

-Enciérralo en la Bartolina, Timoteo, para entregarlo a la autoridad y a doña Elvira que, en paz descanse, que la recojan sus familiares y ordena a don Isidoro que se ponga a hacerle su cajón de madera de pino.

Por su parte, don Serapio el padrecito de la hacienda, bendecía el cadáver y le ponía la extremaunción, dizque para que le fuera bien en el otro mundo. Don Timoteo ya no se desprendió de Juan, acomodándose la pistola calibre cuarenta y cuatro y con un machete en la mano se llevó al reo por delante. La bartolina, calabozo donde se encerraba a quien cometía algún delito, estaba a espaldas de la casa grande y en un lado de la Iglesia. Era un cuarto de cuatro por cuatro metros, húmedo, alto, sin ventanas y con una pesada puerta de madera con aldabón de fierro. Tras Juan se fue doña Petra, su madre que en el momento aquel de su angustia y dominando el llanto, alcanzó a pensar que debía llevar a su hijo algo para que la pasara en su encierro y le llevó un sarape de lana y unas seis gordas gruesas hechas con masa de maíz y un guaje con agua.

Don Timoteo encerró a Juan en aquella celda y le puso un candado por fuera. El muchacho atarantado por la sucesión tan rápida de los acontecimientos de aquel día; no dijo nada cuando la puerta se cerró, aquel joven se vio agobiado por un mundo de absoluta oscuridad, a tientas tocó la pared y sin soltar el morral y la cobija que le había entregado su madre, buscó un lugar donde sentarse. Estuvo pensando un rato, todo lo sucedido le parecía un sueño. Habían pasado antas cosas en tan poco tiempo que le parecía increíble. Se tocó la cabeza y se frotó los ojos para confirmar que no estaba soñando, miró en su imaginación a doña Elvira cuando se despedía de este mundo, a don Procopio, a don Timoteo que machete en mano lo llevaba hacia la Bartolina, a su madre doña Petra que en la puerta del calabozo le entregó las gordas y la cobija y ahogándose en un mar de llanto le dijo:

-"Que dios te bendiga hijo"



Después de pasar en su pensamiento una revista de todo lo sucedido, prorrumpió el llanto, lloró hasta que su corazón descansó.
Se repetía el constantemente:
-Fue una desgracia, fue una desgracia. Lloró toda la tarde, al fin se quedó dormido un buen rato con lo que disminuyó un poco su pena. Lo despertaron las ratas grandes del calabozo que andaban dándose un banquete con las gordas de maíz que contenía el morral que era parte de su equipaje y, en su afán de comer, los roedores pasaban sobre el cuerpo del muchacho con frecuencia. Las espantó tratando de salvar su alimento. Los animales hambrientos no se amedrentaron, tenían a Juan asediado. Este, al meter las manos al morral, advirtió que ya le habían ganado con más de un cincuenta por ciento del bastimento; con coraje les tiró el resto al rincón mas distante de la celda para quitárselas de encima. La ratas se comieron las gordas y siguieron merodeando muy cerca de él, como dándole la bienvenida. Después de un rato, el se familiarizó con ellas y ya no les hizo caso. En aquel mundo de oscuridad, las horas se le hacían siglos, escuchaba cantar los gallos y ladrar los perros y no sabía acertar en un cálculo aproximado del tiempo. Se acordó de Lupe, su novia, una muchacha chaparrita pero muy guapa, tenía sus mejillas chapeteadas, sus labios finos y rojos, su piel blanca y su cabello delgado en color miel oscura.
Sintió que ya no la volvería a ver y que ella se iba a casar con otro, tal vez con Palemón el hijo del patrón que tanto la cortejaba. Se dormía un rato y despertaba porque una rata le mordía un pie o le pasaba su larga cola por la cara y en ese dormir y despertar, acordándose de todo y lamentando lo sucedido, no supo ni cuanto tiempo pasó.
De pronto, oyó sonar el aldabón de la puerta y esta se abrió. La luz le cegó de inmediato, con los brazos se tapó los ojos para adaptarlos a la luz del día. Cuando pudo ver reconoció a don Timoteo, el juez, acompañado de dos hombres armados que montados en su caballos esperaban que el saliera. También estaban ahí el viejo don Pancho su padre y doña Petra que sin dormir ni comer habían pasado la noche junto a la puerta de la bartolina para darse cuenta del destino final de su hijo. Don Timoteo amarró por detrás las manos al reo, subió en su caballo y lo echaron a pie por delante. Don Pancho no los abandonó, formaba parte de la caravana, cargaba el sarape de su hijo y el moral con gordas y el guaje con agua; solamente que él marchaba por un lado del camino real, al parejo de su hijo.
Todos tomaron dirección a Canatlán, partido al que pertenecía la hacienda de Cacaria. Después de dos horas de camino llegaron a su destino, don Timoteo entregó a Juan en la cárcel, el viejo don Pancho, le entregó el morral con gordas, el guaje con agua, el sarape y la sentencia de rigor.
-Que Dios te ayude hijo; en el momento que dos gruesas lágrimas corrían por el rostro augusto y sudoroso del viejo campesino. Allá en el corralón de la prisión se escuchó algarabía de los presos y el grito clásico para los reos de nuevo ingreso:



En la misma celda había un área para defecación junto a ella se comía, se dormía y se tenía que vivir indefinidamente. La psicosis y el mal humor de todos era ambiente natural, las "mentadas de madre" constituían el lenguaje común, los pleitos y os golpes se presentaban a diario, los robos eran cotidianos y la única ley respetable era la fuerza bruta. Cuando la persona enfermaba, se curaba sola o se moría. El plato y el tazón donde se comía nunca se lavaban porque no había agua disponible para ello. Los piojos, pulgas, chinches, cucarachas y demás bichos amigos de la inmundicia, tenían magníficas condiciones ecológicas para su desarrollo.

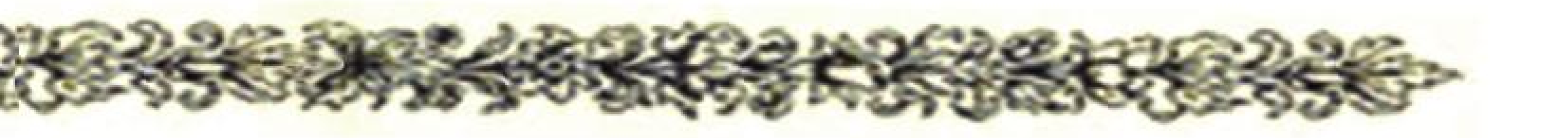
Ahí como en todos los momentos del devenir biológico no existían mas que dos alternativas: adaptarse o morir, máxime que a todo aquel que constituía un problema carcelario o de conducta, era llevado a una celda especial que en la cárcel de Durango en aquel tiempo le llamaban la "Celda San Juan" rememorando las celdas de tormento del penal del castillo de San Juan de Ulúa en Veracruz.

La famosa celda San Juan se encontraba en el rincón mas húmedo y oscuro de la penitenciaria, sus paredes no estaban estucadas o revocadas, los agujeros y hendiduras entre piedra y piedra de la pared, era madriguera de arañas, tarántulas, ciempieces, alacranes, ratas, pulgas, piojos, chinches, cucarachas y demás sabandijas propias de la oscuridad y el desaseo. Nunca se hacía el aseo en ese calabozo y la puerta estaba confeccionada y construida a prueba de luz y aire, de tal manera que aquel lugar solamente se iluminaba y se ventilaba cuando se abría la puerta para sacar o meter a algún desgraciado. El calor en ese lugar contaban que era insoportable por la falta de ventilación, la luz totalmente prohibida, el poco aire que contenía el ambiente, era mal oliente y falto de oxigeno. Generalmente a los que castigaban en San Juan después de dos o tres días de estancia allí, los sacaban inconscientes por la falta de oxigeno y por el hambre, ya que, era norma no darles de comer todo el tiempo que permanecían encerrados.

Era en realidad un lugar de castigo que debía de utilizarse por parte de las autoridades del penal solamente en casos extremos. Así a todo aquel que se insubordinaba a los carceleros o capataces era castigado en San Juan. Un día de 1884 se encerró en el calabozo de castigo a un reo que riñó con un compañero y al tratar el celador de interferir en la riña, fue agredido por el presidiario. El castigo fue por un día con la noche y amaneció muerto. A partir de esa fecha todos los que fueron encerrados en San Juan murieron.

Después de advertir las autoridades y los reos que las circunstancias se habían presentado mas de una docena de casos, no quedaba duda, aquel calabozo, dejó de llamarse San Juan para recibir el nombre de "La Mazmorra de la Muerte" o "Calabozo de la muerte".

Así cada vez que se encerraba a un infeliz allí, al día siguiente se presentaba el carcelero acompañado de dos camilleros para sacar el muerto. No se sabe con exactitud cuantos perecieron en esa mazmorra, porque se tuvo la precaución de no llevar registro escrito de los casos,



pero si aseguraban que fueron mas de cincuenta. Aunque no dejaban de preocupar a las autoridades del penal la realidad de aquella celda misteriosa y maldita, por otra parte, les agradaba haber encontrado un recurso para deshacerse de los indeseables, sin practicar el asesinato directo.
Cuando llegaba a la cárcel, un preso político con recomendación especial de eliminarlo, se le encerraba en el calabozo y al día siguiente amanecía muerto sin muestras de asfixia ni de violencia, lo cual era favorable para las autoridades que, burlescamente a veces le decían a la prensa o a los familiares: Se cree que murió de preocupación y pena o ya venía enfermo y no lo manifestó.
Pronto aquel calabozo adquirió la fama fatal y en la penitenciaria los presos no querían ni siquiera escuchar su nombre. No se sabía que morían las víctimas, los cadáveres no manifestaban huellas de ninguna clase. Así empezaron acorrer rumores de que aquel calabozo estaba poseído por el diablo que era quien los mataba de medo al aparecérseles y luego se llevaba sus almas al infierno. Otros decían que el primero que allí había muerto era un ateo que no creía en Dios y que al entrar a la celda dijo: Si Dios es tan poderoso que me quite ya de sufrir. Que al cumplirle Dios su deseo dijo: "Todo el que entre al calabozo morirá esa misma noche". La sentencia se seguirá cumpliendo hasta la consumación de los siglos. Otros mas agregaban que el aire, las paredes, y el piso se encontraban impregnados de gases altamente venenosos que al inhalarlos provocaban la muerte. También se decía que una legión de espíritus malignos penetraban al calabozo para ejecutar al desgraciado que se encontraba allí. Y no faltaba algún carcelero que aseguraba haber visto salir o legar sombras o bultos a la celda maldita a eso de las doce de la noche.
Mientras esto sucedía en la cárcel de Durango; Palemón el hijo de don Procopio dueño de la hacienda de Cacaria cortejaba a Lupe, la novia de Juan, que se había quedado con el corazón partido cuando supo la desgracia que le ocurrió a su novio. Al mirar el hijo del hacendado que no convencía con piropos a la jovencita, empezó por decirle: no esperes a Juan, lo van a secar en la cárcel. Se va a morir antes de salir libre. Lupe ante su impotencia por sacudirse los impertinentes cortejos de Palemón que le caía tan mal. Un día mordiéndose el rebozo mas de rabia que de vergüenza le dijo: A usted le respondo cuando sepa que Juan ya se murió. Mientras esto no suceda lo espero, al fin que el no ha de ser las paredes o las vigas de la cárcel y tarde que temprano sale libre y viene. Palemón se sintió ofendido en lo mas hondo. No concebía la idea de aquella mujer prefiriera a un peón, a un homicida, presidiario, en lugar de al futuro dueño de la hacienda de Cacaria, al patroncito como todos le decían. En ese momento pensó en irse a ensillar su caballo tordillo y con pistola en mano ir a sacar a Guadalupe de su casa, tenerla un corto tiempo en un o de los ranchos de su padre y luego abandonarla. También pensó en que su padre, fuera a pedir su mano, que estaba seguro que no se la iba a negar, casarse en la iglesia de la hacienda. Ah pero… si



Juan salía de la cárcel, o mataría era un atrabancado por eso le decían Juan sin Miedo.
Por otra parte, si iba su padre a pedir la mano d la muchacha y esta se negaba por lo que le había dicho que no le correspondía hasta que su novio se muriera, sería la vergüenza mas grande para los dos. Lo pensó un rato y luego concluyó. Había que matar a Juan. Ese día después de la cena se encerró en la sala con su padre, platicaron largo rato. Después de la platica don Procopio se paro y bostezando y extendiéndose dijo –así que no basto con os veinte años que ordené que le echaran, sino que hay que borrarlo del mapa. Ni modo, yo no quería, pero hay que hacerlo. Palemón se frotaba las manos gustoso, manifestando su satisfacción porque había convencido a su padre. Ya no se habló mas del asunto ni Palemón volvió a importunar a Lupe. La muchacha pensó que ya se lo había quitado de encima.

En esos días llamaron al director de la cárcel al Palacio de Gobierno.
Un funcionario de alta jerarquía judicial le dijo que había que eliminar a un tal Juan sin Miedo, autor de la muerte de una señora de la hacienda de Cacaria. El director argumentó que eso era inconcebible, que Juan era buen muchacho, el reo de mejor conducta en la Penitenciaria, atento y trabajador, nunca renegaba ni usaba lenguaje soez. El funcionario replicó:

Ni modo, órdenes son órdenes, si no las cumple usted sabe. Yo ya le dije. Métalo a la "Celda Maldita " y ya.

Cuentan que el director de la penitenciaria llegó y lo contó a los celadores y personas de confianza. Aquello era montruoso, el muchacho era el mejor reo del penal por su buen comportamiento. Lo platicaron y lo pensaron mas de dos veces porque no encontraban razón de ser de aquella orden. Al fin un celador astuto y malvado de acercó a Juan le dijo:
-¿Es cierto que a ti te dicen Juan sin Miedo porque no tienes miedo?
El muchacho contestó:
-Si
-¿Aceptas quedarte una noche en la celda maldita?
El interrogado movió afirmativamente la cabeza y terminó el diálogo. Nunca se supo si fue por compromiso o por valor de verdad, la realidad fue que Juan aceptó. A las autoridades del penal les dio gusto porque cumplían con una orden recibida sin actuar con crueldad con aquel muchacho que se había ganado la estimación de todos.

Juan que no conocía el fondo de la propuesta, dentro de su miedo si es que o tenía, abrigaba la esperanza de descubrir la razón del misterio que envolvía a aquel calabozo. Los reos amigos del muchacho que conocieron su decisión la consideraron absurda y suicida. El director de la penitenciaria al conocer que la sentencia de muerte estaba por cumplirse, mando llamar al presidiario a quien estimaba y había tratado de salvarle y le preguntó:

.¿Que necesitas?... Pensando para sus adentros que era la última gracia que concedía a aquel sentenciado a muerte.



Juan sereno como siempre le contestó:
-Un banco, una docena de velas de cebo grandes y una caja de cerillos. El muchacho no pedía arma alguna porque sabía que no se la permitían. Los materiales solicitados se le proporcionaron al reo que sin poner resistencia y por su propio paso y voluntad se aceraba a lo que sería la última noche de su vida. La pesada puerta de la "mazmorra de la muerte" se cerró y Juan sin Miedo quedó dentro de ella resuelto a descubrir el misterio. Todos pensaban que Juan ya había muerto, menos él, que con firme decisión algo le decía, que esa noche el empezaba a vivir e la inmortalidad de una leyenda. Así se sentó en el banco de madera de tres patas, encendió su primera vela y empezó su aventura. Se acordó de la noche que pasó en la bartolina de Cacaria, su tierra, de Virón, de la sentencia de don Procopio, de don Pancho y de doña Petra, de Lupe a la que ya no había vuelto a ver, de don Timoteo con su machete en meno, de los jaripeos y las corridas de toros bravos, de su estancia en la cárcel de Canatlán, de su llegada hacía siete años a la cárcel de Durango, en fin de todo lo que en su vida había pasado y de cuando en cuando le asaltaba el temor de quedarse dormido y no volver a despertar. Las horas se le hacían siglos y con atención contaba las campanadas que daba cada hora el reloj de la Catedral. Oyó sonar una a las doce de la noche, nerviosamente pasó su vista a su alrededor, esperando la presencia del supremo señor las tinieblas.
Se preguntaba para sí, si el diablo llegaría como un personaje bien vestido o en forma de animal.
Le preocupaba pensar que lenguaje debería de emplear para entenderse con el. También pensaba si era maldición de Dios que el muriera aquella noche en la celda maldita, porque era Dios tan arbitrario de arrancarle la vida sin razón. Se tranquilizaba un poco al pensar que si se trataba de un vampiro como decían, que tan grande podía estar, que él se fajaría con el hasta vencerlo, que si de veneno se tratara, ya tenía algunas horas dentro del calabozo, tiempo suficiente para sentir malestar. Reflexionaba en el sentido de que no podían ser espíritus los que le quitaban la vida a los que allí morían porque:
-¿Por donde entraban y salían si la celda permanecía cerrada?
A veces temeroso, otras con confianza, fueron pasando las horas y el reloj sonó las dos de la mañana. Cuando sonó esta hora, se puso a contar desde la hora que había sido encerrado a las seis de la tarde, ya llevaba ocho horas en vela y le faltaban cuatro ara que amaneciera. El había presupuestado consumir una vela en cada hora y el cálculo resultó erróneo. En ocho horas de encierro se habían consumido once velas y nada mas le quedaba una para las cuatro horas que le faltaban. Pensó que cuando se le acabaran, ya sin defensa de la luz, sería atacado por lo que mataba a los hombres en aquella bartolina maldita y perdería la batalla. Sintió que el pánico lo invadía, se serenó al acordarse de que le decían Juan sin Miedo y optó por racionar el combustible lumínico. Tomó los cerillos en la mano, listo para encenderlos al menor síntoma de anormalidad y le sopló a la vela. Quedó en la oscuridad mas tremenda, dejó pasar unos minutos



que se le hicieron siglos, con todo y que el se repetía en silencio; soy Juan sin Miedo, el miedo lo venció y prendió la luz. Encendió la vela y al registrar cuidadosamente el piso, las paredes y el techo del calabozo para detectar lo anormal en una pared lateral junto a las vigas, divisó un alacrán como de treinta centímetros de largo con la cola parada, al sentir la luz de la vela, regresaba lenta y pesadamente a su madriguera. Juan le clavo la vista con horror. El animal se escondió e la viga que estaba junto a la pared. Nervioso aquel hombre por lo que había visto pensó que era el diablo en forma de alacrán y decidió no apagar la luz. El alacrán no salió, porque era un animal que no conocía la luz y esta lo atormentaba.

El preso veía que la vela única que le quedaba se consumía rápidamente. Faltaban tres horas para que amaneciera. Le quedaba la mitad de la vela y al quedar en la oscuridad vendría lo inevitable. La Muerte.

Aquel hombre sudaba a chorros, quería gritar, golpear la puerta, pedir auxilio. Pero nadie lo escucharía ni nadie se lo daría. En aquel momento de agonía indescriptible se serenó y decidió esperar la muerte resignado. La vela se consumía como se consume todo el universo, la vida, la fama, la juventud, la riqueza, el amor, el odio, el sufrimiento, en fin todo lo que existe tiene principio y tiene fin; menos la energía, que no se consume, solo se transforma. Ante la aceptación de lo inevitable aquel desgraciado reflexionó enseguida y dijo:

-El alacrán no es el diablo porque dicen que el diablo no le teme a nadie. Debo apagar la luz para que el alacrán baje y si es el que mata a los presos, antes de que me pique lo mato, encendiendo el cabo de vela que me queda. Tomó los cerillos en su mano y listos para encenderlos de improvisto, se sentó en el banco y le sopló a la vela. En aquel mundo de oscuridad sudaba con mayor abundancia. Permaneció a oscuras largo rato, tal vez media hora. Lo atormentaba el pánico al pensar que a la mejor encendía la vela ya cuando fuera demasiado tarde, porque el enorme alacrán que ya había visto lo hubiese picado. Decidió encender el cerillo que tenía en la mano y recibió la angustia y desesperación que no esperaba, el cerillo se había mojado con el sudor del preso y al tallarlo en la caja se desmoronó. Sintió que las fuerzas le faltaron y se desplomaba sin sentido al suelo, cayendo pesadamente sobre el piso de la celda. La vida de Juan sin Miedo dependía de unos cuantos minutos.

Un sopor de resignación y sensación de indiferencia inundo su cuerpo y se quedó tirado totalmente relajado sobre las lozas húmedas del calabozo, de donde otro día lo sacarían los camilleros para darle cristiana sepultura. Juan había quedado sin sentido y en la oscuridad, cuando estaba a punto de ganar la batalla contra la muerte. De pronto el deseo de vivir en aquel joven afloró del subconsciente. Le salieron fuerzas no supo de donde, lo cierto es que se incorporó violentamente, palpo las manos sobre el piso y encontró los cerillos que había soltado, la caja estaba totalmente mojada.

Talló un fósforo sobre la loza de la celda y no encendió se desmoronó por la humedad. Nerviosamente tomó otro y lo tallo sobre el cinturón. El cerillo prendió y se



iluminó la celda. Encendió el pedazo de vela y miró asustado el enorme alacrán a menos de un metro del piso del calabozo. El arácnido al sentirse descubierto huyó violentamente como un suspiro y se ocultó en su escondite. El reloj sonaba las cuatro de la mañana, faltando dos horas para que amaneciera, los cerillos estaban húmedos, la vela se consumía, solamente quedaba un cabito de unos seis centímetros de longitud.

Juan se serenó, ya no había duda, no era ni el diablo ni el vampiro, ni el veneno, ni la bendición de Dios la que había causado tanta víctima, era aquel enorme alacrán de color blanco avinagrado que tenía pelos pequeños y rojos en el lomo y en las antenas.

El problema se concretaba a matar el animal o cuando menos decía Juan, a no dejar que a mi me mate.

En la pared de la celda del lado opuesto a donde salía el arácnido, buscó el preso la piedra mas seca y tersa donde poder frotar los cerillos para encenderlos, acercó el banco a ese lugar, se paró sobre de el y le sopló al cabo de vela sosteniéndolo con la otra mano. Serenamente dejó que pasara el tiempo y cuando el reloj sonó las cinco de la mañana, encendió el cerillo, prendió el pequeño cabo de su última vela y al revisar la celda, miró el enorme animal que al acecho de Juan esperaba estático a menos de un metro de distancia del banco, que el preso descendiera del mueble para picarlo.

El hombre midió el peligro, el banco con el que antes había pensado matarlo ya no lo podía usar para eso porque se encontraba sobre de el y sin pensarlo mucho se quitó su sombrero de palma de falda ancha y con cuidado de no errar lo arrojó lentamente sobre el arácnido. Al sentir que lo había atrapado, bajo violentamente del banco de tres patas y puso el mueble sobre la copa del sombrero para que hiciera peso y no escapara su preciosa presa. Cuando se cercioró de que estaba seguro y que el animal no escaparía, Juan respiró profundamente, al mismo tiempo que arrojaba al piso el pabilo de la vela que al consumirse totalmente le quemaba los dedos.

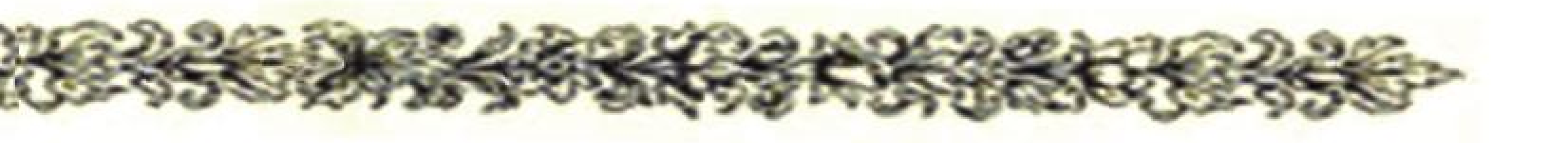
Se volvió a quedar a oscuras y prorrumpió en llanto. Durante unos minutos lloró sin contenerse. Juan lloraba, el no sabía si era de alegría, de coraje, de triunfo o de emoción o todavía de miedo por la oscuridad; cuando de pronto los pasos de dos camilleros y un carcelero se oyeron en la puerta, iban a recoger el cadáver de Juan para enterrarlo.

La celda se iluminó con la luz de la mañana Juan con modestia después de saludarlos les dijo: Ayúdenme a sacar una cosa que tengo aquí. Es un alacrán muy grande que es el que ha matado a todos los presos que han muerto en esta celda.

Al animal lo atraparon vivo y poniéndolo en un enorme frasco de vidrio, lo mandaron como ejemplar raro al Museo Nacional de Historia Natural, en México, DF., donde por mucho tiempo se exhibió con esta inscripción al calce: "El Alacrán de la Cárcel de Durango".

Juan fue indultado y puesto en libertad por su hazaña. Volvió a Cacaria y se casó con la Lupe.





# La Llorona

Allá a mediados del siglo 17, por algún tiempo fue objeto de numerosos comentarios y de grandes temores entre la gente supersticiosa, un fantasma que se hacia visible en varias partes de la ciudad; pero muy especialmente en las ultimas cuadras del oriente de la calle hoy llamada de negrete. Era el fantasma de una mujer, vestida de riguroso luto que salía siempre de un gran solar llamado de las ánimas y que estaba ubicado en lo que es hoy la penitenciaria del estado.

El fantasma recorría, a eso de las 12 de la noche la calle de negrete hasta llegar a la del coliseo (hoy Bruno Martines), dirigiéndose por esta hasta el panteón que estaba situado a espaldas del templo de Santa Ana, donde se proyecto construir la casa del obrero católico, es decir, entre las calles de Gabino Barrera (antes Rebote) y Gómez Palacio. Este panteón se llamaba "patio de los ricos".

El hecho de que toda su caminata, desde el solar de las animas hasta el panteón de los ricos, así como su regreso, los hacia aquel espectro dando lastimero gemidos que hacia poner los pelos de punta a quien los escuchaba, origino que se le diera el nombre de "LA LLORONA", contándose que mas de algún curioso que se atrevió a asomarse a su ventana se había desmayado al ver el rostro libido, enjuto aterrador de la triste enlutada.

Cada año por el mes de Mayo, la llorona hacia su correrías durante varias noches y fue tanto el espanto que sembró en la pacifica ciudad de Durango, que llegaron a bordarse mil historietas entorno de aquella "anima en pena"; se decía después que llego a escucharse su llanto al mismo tiempo en todas las calles de la ciudad y que en algunas partes se le había visto pasar aullando, en figura de perro.

Los sacerdotes y las personas más conspicuas de aquel entonces, opinaron que aquel fantasma era el alma de una mujer que una noche, a las doce, y sin que pudieran adivinarse las causas, dio muerte a sus tres pequeños hijos. Aquella mujer había consumado su crimen en el solar de las Animas en donde, casi a flor de tierra, sepultó a sus víctimas, concluido lo cual sobrevino un furioso remolino que arrastró a dicha mujer sin que volviera a saberse nada de ella. Los hortelanos descubrieron al día siguiente los pequeños cadáveres y dieron cuenta al dueño del solar, quien a su vez dio cuenta a las autoridades. Las pesquisas para descubrir al autor de aquel crimen, fueron inútiles y hasta después de algunos años logró averiguarse que la autora de la muerte de aquellos niños había sido su propia madre.

Se dio sepultura a los cadáveres en el panteón de los y desde entonces, cada año, se vino "apareciendo" la "Llorona" en la forma que ya lo hemos explicado, dando origen a que la calle donde aparecía tomara el nombre de "CALLE DE LA LLORONA", con el cual figura en un plano de la ciudad levantada en el año de 1811.



# La última cita

En el año de 1918 fue un año funesto para la ciudad de Durango, por la epidemia de Gripe Asiática y del Tifo que diezmo a la población. La señora Leonor que por las tardes solía colocar una silla en la puerta de su casa, ubicada en la antigua Calle de Fresno, ahora Calle Salvador Nava, hacia unos días que no se veía por ninguna parte y todo hacia suponer que se encontraba enferma de Gripe la enfermedad maligna del momento. Doña Leonor como le decían era una señora muy guapa y respetable de unos cuarenta años de edad casada con Don Cayetano rico minero de ascendencia española.

El matrimonio tenia dos hijo, Felipe el mayor de 20 años y Leonor guapa señorita de 18 que se parecía mucho a su madre.

La gente del barrio decía que el muchacho Felipe se llamaba así porque doña Leonor había tenido un novio del mismo nombre, lo amaba con locura y todas las tardes al anochecer cuando su madre salía al rosario al templo de Santa Ana, la enamorada aprovechaba para verse por la ventana con Felipe.

Felipe pasaba por la calle silbando la canción El pajarillo Barranqueño, cuando las condiciones no eran favorables para la entrevista Felipe pasaba una y otra vez por la calle silbando.

Un día Leonor no pudo desoír las reflexiones de su padre y comunico a Felipe la prohibición que le imponía, circunstancia que daba por terminada la relación.

Felipe ahogándose en un mar de llanto, abrazo a Leonor con desesperación y le dijo:

Con voz entrecortada por el llanto Leonor le contesto:

-Juro por dios que así será.

-Yo también lo juro contesto Felipe.

Felipe se trasladó al mineral de Inde.

El padre de Leonor se las ingenio para casar a su hija con don Cayetano, viejo y achacoso pero con muchos pasos y lo convenció pára que se fuera a vivir en la casa paterna donde vivía Leonor.

Cuando estallo la Revolución Mexicana Felipe se dio de alta en la bola y por su valor y capacidad de mando se convirtió en oficial villista. De regreso a Durango como el Coronel Felipe García lo primero que hizo fue buscar a Leonor y su casa de la calle Fresno, donde la encontró casada con don Cayetano. Al presentar al muchacho la señora le dijo:

-Este se llama Felipe como tu… Ella Leonor como yo… Cayetano mi esposo. Jamás supieron uno del otro, intencionalmente se quisieron olvidar porque así lo requerían las circunstancias.

Cinco años después cuando la gripe y la tifo diezmaban a la población de Durango, doña Leonor se encontraba postrada en cama agonizaba soportando alta temperatura que le cortaba la existencia.

Don Cayetano, Leonor y Felipe rodeados de su cama acongojados la cuidaban a las dos de la mañana. La enferma no abría los ojos, respiraba con dificultad y todo anunciaba el fatal desenlace de un momento a otro.





# La rosa del día de muertos

Las campanas de los templos sonaban con lúgubre clamor llamando a los fieles a los oficios de difuntos. Por las calles de la ciudad de Durango, transitaban personas cargadas de coronas de flores naturales y artificiales para llevarlas como ofrenda a la tumba de los muertos. El panteón de oriente, al más antiguo de la ciudad donde se dio el suceso que se relata, a temprana hora del día dos de noviembre se vistió de color amarillo, cubierto en todos sus rincones por la tradicional flor de cempualsúchil que es tan mexicana y tan noviembrina por lo que la asociamos con el ritual a la muerte en el Día de finados.

En el interior del cementerio, se respiraba la paz de los sepulcros, a pesar de la numerosa concurrencia, quienes con respeto y veneración quitaban la hierva seca de las sepulturas, las lavan y pintaban en homenaje a los muertos que descansan para siempre en ellas.

Fuera del cementerio, todo era algarabía mundana, el dinero acaparaba el interés de los comerciantes y cual más, cual menos lanzaba gritos ofreciendo coronas de papel, ramos de flores baratas, pan de muertos, calaveras de azúcar, gordas con chile, carne asada, naranjas, cañas, cacahuates y también juguetes y prendas de vestir.

Los periodistas aprovecharon el día para escribir sus versos a los que llaman calaveras y en ellos criticar al gobierno, al comercio y a la carestía. Rosario en su casa se acordó de su novio muerto, Joel el joven abogado que había muerto en un accidente automovilístico el día dos de. febrero de ese año, Día de la Candelaria y ese día, cumplía nueve meses de haber iniciado el viaje sin regreso

Se acordó también que ella y Joel se había conocido como estudiantes en la Escuela Secundaria Seis. Después el muchacho se le declaró en un baile estudiantil y se amaron mucho, con la fuerza y el fuego del amor primero, característico de la adolescencia donde la pureza y la sinceridad en el amor lo domina todo.

Después cuando ella estudió carrera Comercial en la Academia Mercantil Pedro Chávez y Joel estudiaba preparatoria y después Derecho en la Universidad, Nunca dejaron de amarse. Muchas horas pasaron juntos contándose sus cuitas, alegrías y sufrimientos que los unían fuertemente. Recordó con melancolía los besos ardientes de amor, donde se juraron amor eterno. Se estremeció dentro de aquel mar de recuerdos, al recordar que uno y otro se habían jurado no ser de nadie más que ella de Joel y éste de Rosario. Escuchó como un soplo helado en su oído la voz del muchacho que le decía:

- ¿Chayo qué pasó? ¡Me prometiste ser siempre mía y ahora andas con Enrique!

La muchacha reaccionó bruscamente, miró al buró de su recámara y tomó de aquel florero una hermosa rosa roja artificial de tela que Joel le había regalado unos días antes del accidente.

Pensó regresársela porque ella ya no quería recuerdos del novio muerto. Le había correspondido a Enrique otro muchacho, que también era muy bueno.



La tomó en sus manos y salió corriendo porque la familia dentro del automóvil solamente a ella la esperaban para dirigirse al Panteón de Oriente a visitar las tumbas de sus deudos.
Penetraron al cementerio cargados con flores de Cempualsíchil, visitaron varias tumbas de diversos familiares y en todas depositaron la ofrenda del amor y del recuerdo que se entrega con respeto a los que ya se fueron y nunca volverán. Rosario cuando lo consideró oportuno, con cautela y disimulo se separó de la comitiva familiar y llegó a la tumba de Joel, la cual estaba triste, llena de hierba seca, empolvada y sin muestras de que alguien la hubiera visitado antes. Como escondiendo su intención, se santiguó frente a ella y sobre la piedra de granito puso la rosa roja.
No pudo llorar, porque no sintió ganas de hacerlo, ya que las lágrimas son el privilegio del ser humano con las cuales se da a conocer el mensaje del corazón. Son el testimonio del dolor y la manifestación de la sinceridad. Tampoco pudo besar con sus labios la tumba fría de Joel como lo había hecho otras veces, porque sintió que no debía hacerlo. Una fuerza extraña le recordó que alguna vez le había jurado al muchacho seguir amándolo después de muerto y por debilidad humana había roto el juramento.

Volvió a sentir la presencia fría de Joel que le reclamaba:
- ¿Chayo qué pasó? ¡Me prometiste ser siempre mía y ahora andas con Enrique!
La muchacha se incorporó al grupo y cuando una de sus hermanas le preguntó:
- ¿Fuiste a visitar la tumba de Joel?
Con desgano contestó
- Los muertos a la sepultura y los vivos a la travesura.
Después de regalarse con golosinas y fritangas, la familia regresó a casa a eso de las tres de la tarde. Como habían comido en la calle no hubo comida formal en casa y cada quien se fue a su recámara a descansar.

Cuando Rosario se acercó al buró, advirtió que en el florero estaba la rosa roja. Un sentimiento de pavor invadió su ser que la hizo dudar de lo que había hecho y quiso pensar que no había llevado la flor al panteón a la tumba de Joel, que todo había sido solamente intención. Preocupada por el suceso, tomó la rosa y salió de casa sin decir a dónde se dirigía. Llegó al Panteón y colocó la rosa sobre la tumba de Joel. Al mirar que no había ninguna otra flor, se conformó pensando que lo de ese día en la mañana había sido intención acompañada de un olvido. Sintió la misma sensación: Una sombra invisible y fría que le decía al oído:

- ¿Chayo qué pasó? ¡Me prometiste ser siempre mía y ahora andas con Enrique!
Se puso triste al reconocer que había fallado a un juramento hecho, pero se consoló al advertir que ella era joven, guapa y bien formada, tenía derecho a ser feliz y debía hacer algo por conseguirlo.
Salió del Panteón en punto de las cinco de la tarde y como casualidad se encontró a Enrique entre la multitud y se fueron a tomar helados y hacer planes para próximo matrimonio.



El tiempo pasó y la tarde se consumió como el encanto que se esfuma, la muchacha regresó a su casa y al penetrar a su recámara encontró la rosa roja en su florero.

Un grito de pavor y de histeria sacudió a la muchacha de todo a todo y tomando la flor de su lugar con miedo, coraje y desprecio, la arrojó por la ventana al centro de la calle.

Asustada por la que pasaba, todo lo contó a su familia, quien calmar los nervios de la muchacha, le dieron un sedante y la acostaron en la recámara de su madre. Por la acción del medicamento, la muchacha se quedó profundamente dormida y al amanecer, cuando tuvo que penetrar a su habitación para arreglarse e incorporarse al trabajo, grande fue su sorpresa al mirar la rosa estaba el florero. Otro grito de pavor e histeria llenó la habitación que trajo la presencia de la familia, al mismo tiempo que la muchacha fuera de sí, tomó la flor, le cortó los pétalos uno a uno, los aplastó con sus manos y todo lo puso en el depósito de la basura del hogar. La madre de la chica, llamó al médico quien diagnosticó desequilibrio nervioso o por angustia. Le volvió a recetar sedantes y la muchacha se quedó dormida.

Avanzada la tarde Rosario se levantó y al penetrar a su habitación encontró la rosa roja en el florero.

Un grito de angustia sacudió la casa y la muchacha cayó muerta, como fulminada por un rayo.

Un paro cardíaco cortó la existencia de Rosario cuando apenas pisaba los veintidós años de edad. Su madre con abnegación y dolor, tomó la rosa roja del florero la colocó sobre el pecho de la muchacha muerta, quien se la llevó al más allá, lugar de una cuarta dimensión donde posiblemente se unió con Joel para siempre.

Lo que se narra sucedió en la ciudad de Durango, Dgo., los días 2 y 3 de noviembre del año 1956. El nombre completo y lugar de la casa de la familia no se mencionan por principios de respeto.

Los guardianes y trabajadores del Panteón de Oriente, dicen que en el mes de noviembre de cada año más o menos a la caída de la tarde, cuando la hora del crepúsculo nos hace dialogar con el recuerdo, miran pasear por los andadores del cementerio a una mujer joven, vestida de negro que carga una rosa roja en las manos. Deambula entre las tumbas y luego desaparece.





# La leyenda del Sahuatoba

Según la tradición los Tepehuanes conservaban el recuerdo del legendario diluvio universal. Dice la leyenda de que antes de que aquel fenómeno aconteciera, el mundo estaba poblado por una humanidad sorprendentemente civilizada.

Algunos años antes del diluvio, una madrugada de estío, el cielo se cubría de denso y negro nubarrones quedando despejado un pequeño espacio del cielo en el que brillaba apaciblemente la estrella de la mañana.

El Dios del Rayo, que amaba locamente a la estrella, cruzó vertiginosamente los densos nubarrones llevando su atronada descarga hasta la estrella de la mañana. De aquel extraño beso de amor nació un niño a quien el rayo con otra descarga condujo luego hacia la tierra depositándolo a la entrada de una caverna que existía en un elevadísimo picacho de una serranía.

Una cierva recogió al niño, lo condujo al interior de la caverna y lo depositó en su lecho de zacate al lado de sus cervantillos. Esta cierva amamantó al niño, y una águila corpulenta que había hecho su nido en aquel picacho veló celosamente por la seguridad de aquel predestinado a formar en el mundo una nueva raza.

La estrella de la mañana descendía frecuentemente transformada en mujer, acariciaba a su hijo, le traía alimentos y le daba sabios consejos comunicándole facultades maravillosas.

Aquel muchacho aprendió el lenguaje del torrente, de las flores, de los árboles, de las aves, las abejas y de todo los animales, y con poderoso magnetismo dominaba tan solo con la mirada a los animales feroces. Cruzaba las serranías, descendía al fondo de las quebradas con facilidad y rapidez sorprendentes.

Una mañana la estrella le advirtió que aquel día se iniciaría una catástrofe mundial que él debería presenciar con valor y serenidad. Y no amanecía aún cuando se inició la tormenta que duró varias semanas culminando con violentas y terribles sacudidas de la tierra. Los mares abandonaron los cauces y el niño, que se llamó SAHUATOBA (EL ETERNO ADOLESCENTE) tuvo en su derredor el océano encrespado, furioso, tremendo, cuyas enormes olas traían de acá para allá cadáveres humanos y de animales, árboles arrancados de cuajo, restos de materiales de casas, muebles, etc. etc. el espectáculo que Sahuatoba presenciaba desde su enhiesto picacho era pavoroso, macabro.

La cierva que lo amamantara murió de miedo en la caverna. Estaba solo, solo en un mundo desvastado, en un mundo de agua donde no había más tierra que su escueto picacho. Ni más abrigo que su oscura caverna.

Pasaron días, meses, años, siglos tal vez durante cuyo tiempo la estrella de la mañana y el Dios Rayo, traían sustento al solitario. Las aguas bajaron paulatinamente hasta dejar visible la tierra. Pero tierra sin vegetación, cubierta de lodo, de



restos humanos y de animales.

Donde antes habían sido valles, cañadas, campiñas amenas ahora se encontraba solo pantanos, lodazales inundados. La tierra era intransitable y solo después de mucho tiempo pudo él << eterno adolescente << caminar sobre terreno medianamente firme. Todo era un páramo, un desierto de lodo que al fin se solidificó y pudo transitarse. Una mañana de primavera, Sahuatoba, al salir de su caverna recibió una grata sorpresa. Al pie de aquel risco había nacido una planta de lirio y ésta ostentaba una hermosísima flor blanca en cuya corola temblaban cristalinas gotitas de rocío. Con avidez corto aquella flor que exhalaba un grato perfume y !Oh sorpresa!... la flor se convirtió en una linda y hermosa mujer.

!Masada!... exclamó Sahuatoba. Y Masada fue el nombre de aquella mujer que su padre el Rayo y su madre la Estrella de la Mañana le dieron por compañera. Masada es palabra del tepehuán que significa. Los dos se amaron desde luego, y vivieron el uno para el otro. Sahuatoba, con su compañera expedicionó en distintas regiones en busca de un lugar más propicio para su vida. Vagaron por tierras muy lejanas de los cuatro puntos cardinales; pero no encontraron el lugar adecuado y la pareja regresó a su legendario picacho a donde llegó en una noche tormentosa y lóbrega.

Al amanecer del día siguiente salió Sahuatoba a dar su saludo habitual a la Estrella de la Mañana. De improviso advirtió que la pequeña ladera cercana a la entrada de la caverna estaba cuajada de lirios blancos.

Despertó alegremente a Masada que lloró de emoción al contemplarla reaparición de la vegetación y cortó una flor que se convirtió en una cierva. Sahuatoba lloró al recordar a la cierva que lo amamantaba, y cortó a su vez otra flor que se convirtió en venado, diariamente cortaba cada uno una flor dando origen a una pareja de animales de una especie. Así surgieron los mamíferos, las aves, reptiles, peces, etc. etc. y el mundo se pobló.

De ciertos pasajes de esta tradición se infiere que Ouraba, hijo de Sahuatoba, guerrero esforzado e inteligente fundó la tribu tepehuana que lo divinizó como posteriormente divinizó a otros personajes que se distinguieron.

Pasados algunos siglos la patria de los Tepehuanes fue invadida por una poderosa muchedumbre (indudablemente la nación azteca) que obligó a los nativos a abandonar sus lares. Fueron los Tepehuanes, como los Coras y los Huicholes a establecerse a una comarca ubicada entre los hoy Zacatecas y San Luis Potosí; pero habiéndose ausentado al poco tiempo los invasores y siendo árida e inclemente donde las tribus mencionadas se habían refugiado, regresando a su antigua patria. Los Tepehuanes extendieron su poderío hasta San Andrés del Téul, de donde años después fueron desalojados por los Zacatecas.

Pero diréis.. !Qué fue de Sahuatoba y porque vivió tanto tiempo!.

El hombre de este personaje significa y en sentido religioso. Según los Tepehuanes, Sahuatoba vive todavía en adolescencia perpetua y es visto por ellos frecuentemente en distintos parajes, entre



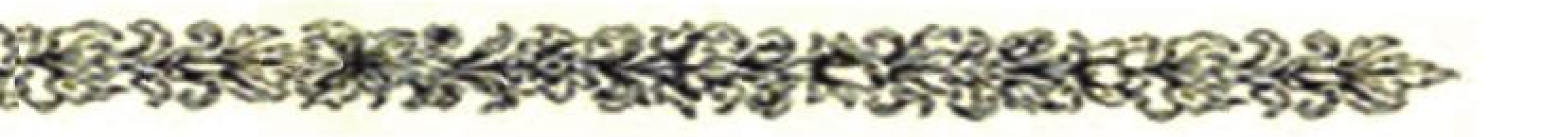
una aureola radiante, dirigiendo subjetivamente los destinos de su raza. Muchos siglos después que sus hijos se diseminaron y fundaron sus diversas nacionalidades, cuando sus sucesores tuvieron la convicción de que había muerto se les apareció en un lugar llamado Ixtlahuacán – Nopotlatalli, que quiere decir <> y que en opinión del cronista Fray Antonio Tello, fue tal lugar el Valle de Súchel. Se les apareció en forma de niño por lo que llamaron Pitzintli o Tiopitzintli.

Cuenta la leyenda que mientras Sahuatoba permaneció en esta ocasión entre los indígenas su esposa Masada que se había quedado en el sitio donde vivieron, desapareció para siempre, pues que el Dios de el Rayo se enamoro locamente y no pudiendo hacerla su esposa por serlo de su hijo, encolerizado le envió una descarga lanzándolo al espacio en donde se convirtió en Estrella de la Tarde.

Cuando Sahuatoba regresó a su milenario hogar, no encontró a su mujer. La buscó en vano por todas partes; interrogó por ella los montes, a las cascadas, al arroyuelo, a los árboles, a las flores, a los animales, con terrible desesperación pero todos le contestaban solamente.

- Espera la caída de la tarde. Desde entonces diariamente que el se pone, del eterno adolescente, parado sobre el enorme risco que vió desarrollarse su vida, contempla a la Estrella de la Tarde, lleno de tristeza y de emoción, sintiendo, con un presentimiento la creencia de que aquella estrella es su esposa, su Masada a la que adoró y adora aún eternamente.





# La dama esbelta de la calle Luna

El barrio de tierra blanca es de los más antiguos de la ciudad de Durango en virtud de que su cercanía al templo de Analco, lugar donde se edifico la primera ermita en territorio Tepehuan en el año de 1556, hizo que fuera de las primeras en poblarse.

El nombre de tierra blanca, lo recibe de la tierra de ese color que abundo en la zona, tierra arcillosa que se huso mucho en las construcciones con digería para compactar el techo, razón por la que también le decían tierra de azotea. Por su antigüedad esta lleno de leyendas y los pobladores de la zona, acostumbraban en las tibias tardes de los meses de abril, mayo y junio sentarse en las puertas de sus casas a contarles leyendas a sus hijos y naturalmente también la escuchaban los vecinos.

Tiempos aquellos del Durango antiguo que se fueron para no volver jamás. Las leyendas del carretonero de Analco la casa de heracleo, el perro negro de la calle bravo y otras más, datan de aquellos tiempos de que se quedaron escondidos para siempre en el arco de nuestros recuerdos.

También la leyenda que ahora les contamos que algunos la titulan la dama esbelta de la calle de Urea y otras le dicen la muchacha de cuerpo de tentación y cara de arrepentimiento, es de ese ramillete de leyendas que nos contaban los ancianos cuando rodeados de chiquillos empezaba diciendo don José Maria: Aunque usted no lo crea, lo que les voy a contar a mío me sucedió y se los cuento por que no quiero que a ustedes les suceda.

Una vez cuando la luna se había ocultado en el poniente y los gallos de la media noche empezaban a cantar yo caminaba a paso lento por la calle de Urrea y lo hacia lento por que venia muy cansado de trabajar el turno en la casa redonda y había salido a las once en punto.

Cuando pase el puente de la pesadilla y me enfile rumbo al sur mas o menos en la cuadra de la escuela revolución advertí que caminava como a cincuenta pasos delante de mi una mujer alta de cuerpo delgado y bien proporcionado. Se balanceaba ligeramente al andar como lo hacen las muchachas jóvenes para despertar la atención de los muchachos que las contemplaban. Enfundada en un vestido cortado a su medida lucia su cuerpo femenino de extraordinaria belleza.

Al atravesar una de las boca calles entre arista la brillante y amarilla luz del foco ilumino su cuerpo, que por su belleza era capas de seducir al hombre mas frió e indiferente.

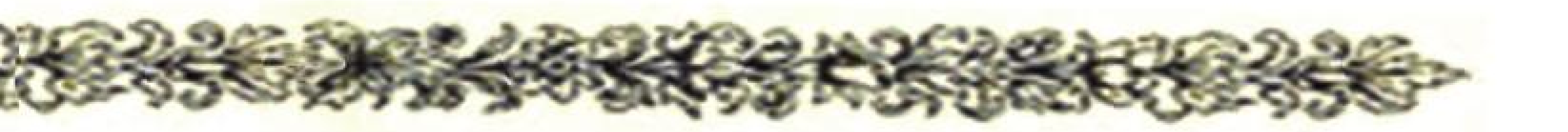
Yo hombre cincuentón a quien no le hacen caso las muchachas, me olvide de mi edad y decidí conquistar a aquella mujer que a paso lento pero segura avanzaba delante de mi.

Apresure el paso para darle alcance, pensando que de un momento a otro llegaba a su casa y me privaba de mi intención de cuando menos echarle un piropo de enamorado.

Cuando advertí que la distancia no se reducía, acelere mis pasos par acercarme un poco mas a esa bella mujer que no me cansaba de contemplar.



La muchacha a mi juicio aparentaba unos veinte o veinte dos años y era sumamente raro que anduviera sola a las doce de la noche por la calle de Urrea, zona solitaria en la década de los treintas cundo las cosas ocupaban mucho espacio por los solares que poseían.
Mil pensamientos cruzaban por mi mente y en mi razonar atropellado legue a la conclusión que se trataba de una mujer liviana que salía de sus casa a esas horas dispuesta de encontrar a un hombre con quien pasar la noche y recibir por sus favores unos cuantos pesos con los que se hacia vivir ella y su familia, si la tenia. Me entusiasmaba la ida da hacerla mi novia por su belleza y juventud y luego de que ella se desengañara de que yo no era casado, entonces casarme con esa mujer y bella aunque yo ya estuviera un tanto fuera de edad.
Decidido a todo, acelere el paso dispuesto a colocarme a su lado, saludarla con atención y luego sacarle plática que seria el preludio de nuestra relación amorosa. Acelere mas el paso, tanto como mi capacidad de andarín me lo permití pero nunca la pude alcanzar. La distancia de tres a cuatro pasos parecía que nunca acortaba, sin embargo ella en su espalda se mostraba serena, sin apuros ni precipitaciones y la indiferencia o valentía que mostraba para caminar de noche sola, me parecía a mi una gran interrogación.
No supe cuantas cuadras camine siguiendo a aquella mujer de cuerpo sensual y escultural y solamente recuerdo que fue exactamente en la cuesta o subida de la calle cuando le di alcance y enloquecido por mis pensamientos de lujuria, antes de hablarle, quise, tomarla de la Cintura por que yo quería sentir el cuerpo cerca de mí.
El cabello ondulado que caía graciosamente debajo de los hombros, me había impedido mirar algo de su cara para adivinar con mediana exactitud sus facciones. Sin embargo, la proporción de su cuerpo y gracia en el andar siempre me llevaron a pensar que su cara era delgada, de color empiñado y expresión angelical.
Cuando ella sintió que le había puesto la mano en la cintura, volteo su cara para contemplarle y que yo la contemplara, pero no tuve tiempo de mirarla, como fulminado por un rayo caí al suelo y permanecí tirado en aquel sitio por toda la noche.
A la mañana siguiente desperté, era mediado del mes de mayo, cuando el sol sale temprano y antes de las seis de la mañana empieza a iluminar con su luz amarilla los pretiles de las casas.
Hasta entonces me di cuenta de que estaba tirado en la calle y las personas pasaban y me veían.
No falto quien dijo:
-Es don José Maria que anoche se le pasaron las copas y no pudo llagar a su casa.
Antes que nada, luego luego recordé lo que avía pasado la noche anterior y mi cuerpo se llano de escalofrió y de espanto al recordar la cara de la muchacha a la que avía intentado tomar de la cintura. Era un esqueleto, una calavera sin ojos, sin nariz sin mejillas que me causaba pavor y espanto recordarla.
A nadie quise contar lo que me avía sucedido por que me iban a juzgar de loco y en el momento dado dude de lo que avía visto,



pensando que había soñado asta que don Cristóbal, hombre más joven que yo, me contó lo que avía sucedido y también se desmayo al verla.

Pronto se corrió la voz generalizándose el hecho de que han sido muchos trasnochadores quienes han vivido esa experiencia desagradable. Todavía después de cincuenta años, la historia se repite hay quienes manifiestan que han visto la misteriosa mujer no a las doce de la noche, si no entre nueve y diez.

Quienes han escuchado la leyenda, no se atreven a seguirla, se santiguan, rezan y cambian de calle.

Sin embargo, la esbelta dama de la calle de Urrea, sigue transitando por su calle, pero ya no encuentra quien la siga.

Así nos contó la historia don José Maria hombre bonachón que nunca se caso y le gustaba mucho platicar leyendas de Durango Antiguo cuando los chicos nos sentábamos en la orilla de la butaca a escuchar sus relatos.





# Invitado del más alla

Elegante participaciones para el enlace matrimonial habían circulado profusamente en la alta sociedad de la ciudad de Durango.
Los familiares de los contrayentes no descuidaban detalles para que la boda fuera el máximo acontecimiento social de aquellos tiempos. Era la época de finales del siglo XIX. La paz porfiriana se había impuesto en todas partes y gobernaba el estado de Durango el señor don Juan Manuel Flores. Las calles de la capital de la entidad no estaban pavimentadas y por ella transitaban carretas tiradas por pausadas yuntas de bueyes o carros pesados arrastrados por troncos de mulas o caballos. Las carretas y coches eran vehículos de atracción animal livianas y de movimientos ágiles, dedicados al transporte humano, uso exclusivo de familias acomodadas y ricas de la época. La ciudad era pequeña, tranquila y somnolienta, vivía la modorra social y cultura que caracterizó la agonía del siglo diecinueve que llegaba a su fin.
En lo que fue la calle del Pendiente a la que también se llamó calle de la Llorona, existió la casa de Verónica Herrera muchacha que despuntaba dieciocho primaveras y lucía en su mano derecha el anillo de compromiso, preciosa sortija de brillantes que pronto la haría acercarse al altar, en donde en ceremonia inolvidable, uniría sus destinos con Ramón Leal del Campo, caballero de linajuda familia durangueña que decía estar emparentado con don José del Campo Soberón y Larrea primer Conde de Súchil.
La noticia de la boda de Verónica con don Ramón, sacudió a la sociedad durangueña y las muchachas amigas de la novia, con tiempo encargaron en los principales comercios de la sociedad, sus telas de razo, terciopelo, satín turquestán para confeccionar sus crinolinas y demás piezas de vestir que lucirían como estreno en la boda.
La madre de la novia, se quebraba la cabeza haciendo listas de platillos que satisfacieran los paladares de los diferentes gustos, con el objeto de ofrecer viandas variadas en el banquete, dando muestra de refinamiento en el buen comer. Un numeroso grupo de damas voluntarias, familiares y amigas de la novia acometió en jornadas agotadoras el confeccionado de flores de papel crepé en color blanco, con las cuales se formarían grandes guirnaldas para vestir de blanco el interior de la catedral, templo donde se realizarían los esponsales. La casa de la novia era una amplia mansión con arquería en corredores, tres patios y mas de veinte habitaciones, espacios que todos deberían de vestir adornos de papel con el color de la pureza y la castidad. Dar asiento a toda la concurrencia era otro problema que revestía preocupación y empleo para el sexo masculino, tarea encargada al jefe de la familia como responsable.
Verónica por su parte mandó confeccionar el traje nupcial con Belem Soto la costurera más prestigiada de la ciudad, quien además de atender lo relativo a corte y confección de la prenda ceremonial, también se encargaba de confec



cionar el ramo, la corona de azahares, el ramo del novio y demás adornos y detalles de elegancia para la desposada, de tal manera de hacerla lucir como novia excepcional.

Las amas de casa madrugadoras que a tempranas horas de la mañana recurrían a las acequias y demás aguajes públicos, donde se preveían de agua suficiente para el consumo del día gran parte de su tiempo lo dedicaban a comentar las noticias del día, dando especial atención a la próxima boda de Verónica Herrera.

Don Ramón por su parte, no escatimaba dinero para satisfacer las exigencias y caprichos de su prometida, sintiéndose halagado cuando la novia le pedía algo que no estaba previsto.

Tres días antes de la boda, que se había fijado para el cinco de noviembre de aquel año, Verónica en compañía de su familia y un nutrido grupo de amigas, visitaron el Panteón de Oriente, en la tradicional romería del Día de Finados. A la muchacha no la distraían oficios religiosos, fiestas tradicionales ni pláticas con amigas o familiares. Para ella su obsesión era la boda, su próximo matrimonio, la ceremonia y los detalles de su enlace matrimonial. No pensaba en otra cosa, ni ocupaba su mente otro pensamiento que no fuera su boda y Ramón su prometido.

En la visita de ese día al Cementerio, Verónica tropezó ocasionalmente con una calavera que a flor de tierra yacía en un lado del sepulcro de donde la habían sacado, tal vez cuando enterraron en ese lugar a otro difunto. La muchacha al mirarla, le pegó con la punta del pie diciéndole:

En la visita de ese día al Cementerio, Verónica tropezó ocasionalmente con una calavera que a flor de tierra yacía en un lado del sepulcro de donde la habían sacado, tal vez cuando enterraron en ese lugar a otro difunto. La muchacha al mirarla, le pegó con la punta del pie diciéndole:

-Te invito a mi boda, no dejes de asistir.

Aquella actitud irrespetuosa de Verónica ante aquellos restos humanos, fue considerados por quienes la presenciaron como una broma y nada más. Todos se olvidaron de lo sucedido y los preparativos para la boda continuaron.

El cinco de noviembre llegó tan rápido que a todos los organizadores y participantes en la fiesta los hizo acelerar el cumplimiento de tareas y comisiones.

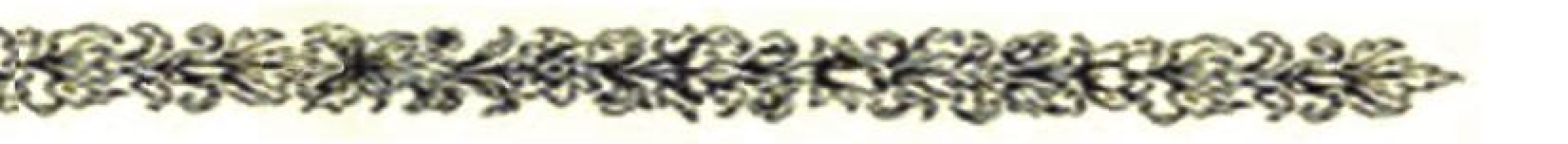
La novia a temprana hora se puso el atavío nupcial. Una corte de ayudantes y damas de compañía corrigieron los detalles de su presentación y lucía esplendorosa y bella, toda una reina vestida de blanco, que irradiaba felicidad y alegría. Las notas de la marcha nupcial se extendían por el recinto sagrado imponiendo solemnidad al momento. El par de enamorados se postraron frente al altar mayor del templo y el fervorín que pronunció el orador sagrado arrancó lágrimas a los presentes.

En primera fila, cerca de los novios se postró un caballero delgado y pálido, vestía traje negro y la ropa, rostro y cabello acusaba señales de abundante polvo blanco. Su presencia despertaba curiosidad, miedo y respeto al mismo tiempo. Permaneció hincado durante toda la misa y cuando la concurrencia abandonó



el templo, el desconocido se incorporó a la comitiva y felicitó a los novios.
Ya en casa de la novia donde se realizaba la boda, aquel hombre raro y desconocido se apareció entre los invitados y nadie supo como llegó.
La música empezó a tocar el vals para los novios y el eco de las cadenciosas notas rodó por los corredores filtrándose en todo los oídos. El padre de la novia con ella y la madre del novio con él, iniciaron la danza, en tanto que continuaron los novios en el ritual acostumbrado. Posteriormente cuando los amigos y familiares de Verónica bailaban con ella, pasándosela de mano en mano, el desconocido la tomó de la mano y empezó a bailar al mismo tiempo que le preguntó:
-¿Me conoces?...
-Soy tu invitado especial.
La muchacha hacía enorme esfuerzo por recordar sus razgos fisonómicos, su estatura y demás elementos que le permitieran la identificación de aquel desconocido. Después de vano y prolongado esfuerzo contesto:
No...no lo conozco.
Soy la persona que hace tres días invitaste a tu boda en el Panteón de Oriente y me recomendaste no faltar. Al mismo tiempo que para asombro de la concurrencia, dejaba la forma humana física y común y se transformaba en esqueleto humano descarnado y erguido.
La muchacha cayó muerta, fulminada por un paro cardiaco y el invitado de ultratumba desapareció en el acto tan misteriosamente como había llegado.
Aquello se transformó en un acto de con fusión y duelo, porque la novia no despertó, pagó con su vida la osadía de hacer invitaciones a seres de ultratumba. Las consejas pueblerinas dicen que después de cien años de realizados los sucesos que se narran, todavía de cuando en cuando, en la casona que se ubica por la calle de Negrete crucero con Zarco, se mira pasear una mujer vestida de





# El toro de los cuernos de oro

Se dice que en el interior de la montaña misteriosa existe una enorme cueva, cuya puerta se abre por minutos a las doce de la noche todos los días, de donde sale un enorme toro negro que tiene los cuernos de oro y arroja fuego y chispas de lumbre por los ojos, la nariz y el hocico.
Una persona de nombre Martín Hernández, que fue conserje en la Escuela Secundaria Mariano Balleza de Canatlan, Durango, aseguro haber vivido la experiencia de torear a dicho toro, seguirlo en su veloz carrera y penetrar a la cueva misteriosa en donde se encontró con una serpiente de proporciones descomunales que infundía terror, la cual media en su cuerpo unos veinte centímetros de diámetro y unos cinco o seis metros de largo. El repugnante ofidio se enredo en el cuerpo de don Martín y con su lengua le lamió la cara y las manos, dándole con esto un valor inusitado y misterioso que le permitió continuar con su aventura, la serpiente se desenredo de su cuerpo y conduciéndose ondulante delante de el, le señalo el camino que debería seguir para llegar hasta donde se encontraba el tesoro.

Contaba el anciano que llegaron a una parte donde la cueva enancho considerablemente y se miro iluminada por una luz que no se sabia de donde procedía, pero daba esplendor y belleza al espectáculo en donde se veía una cantidad enorme de objetos de oro blanco y amarillo, en donde destacaban grandes piedras

Contaba el anciano que llegaron a una parte donde la cueva enancho considerablemente y se miro iluminada por una luz que no se sabia de donde procedía, pero daba esplendor y belleza al espectáculo en donde se veía una cantidad enorme de objetos de oro blanco y amarillo, en donde destacaban grandes piedras
preciosas relucientes y brillantes que emitían destellos de distintos grados de intensidad y colores, unas eran blancas, moradas y negras. Los objetos de oro macizo eran innumerables, desde anillos, pendientes, collares, estatuas, vajillas, obras en relieve, cofres. Cuando el hombre enajenado con tanta riqueza tomaba una pieza, la dejaba para contemplar otra y luego descubría otra de mayor belleza, llego hasta él, una mujer joven de unos 20 años de edad, rubia y hermosa que acercándose al intruso le dijo:
Martín, todo esta riqueza es tuya, porque eres el primero en descubrirla, hasta este momento no ha habido mortal alguno que se hubiera atrevido a penetrar a esta cueva donde descansa para siempre este tesoro. Tu lo conquistaste y te quedaras para siempre a vivir con él, hasta la consumación de los siglos, porque no puedes sacar de aquí, ni una sola piedra, solamente el recuerdo de lo que acabas de mirar.
En ese momento escuche un enorme ruido ensordecedor y mire nuevamente al enorme toro negro que pisando sobre aquel fantástico tesoro mugía como con deseos de salir de aquel lugar.
Me acerque al animal y en el momento



que lo tome por la cola, emprendió su veloz carrera hacia la oscuridad
del túnel de la cueva. Con toda la fuerza de mi energía vital, me prendí con las dos manos de aquel animal que mas que correr volaba. Después de unos segundos, advertí al aire fresco de la noche y contemple las estrellas del cielo, lo cual me decía que estaba fuera del interior del Cerro del Mercado. Aquella sensación de libertad me hizo desprenderme de la cola del toro, el cual con la velocidad que corría me arrojo disparado hacia unas rocas en donde caí y perdí el sentido. A la mañana siguiente desperté desorientado por lo que había pasado con esfuerzo reconstruí el recuerdo de los acontecimientos y al consultar la fecha en que me encontraba advertí que había pasado exactamente veinticuatro horas en el interior de la cueva misteriosa en donde todas las noches sale el toro negro con cuernos de oro.

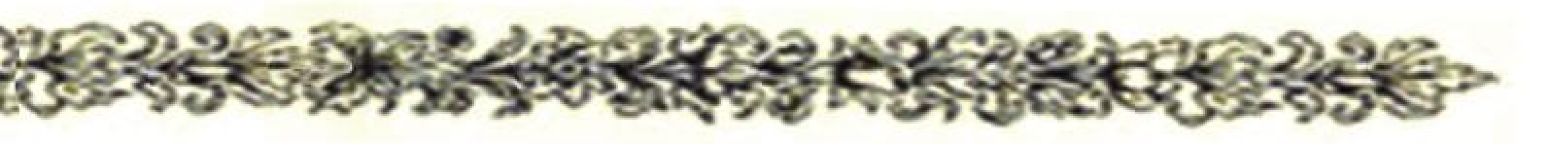
del túnel de la cueva. Con toda la fuerza de mi energía vital, me prendí con las dos manos de aquel animal que mas que correr volaba. Después de unos segundos, advertí al aire fresco de la noche y contemple las estrellas del cielo, lo cual me decía que estaba fuera del interior del Cerro del Mercado. Aquella sensación de libertad me hizo desprenderme de la cola del toro, el cual con la velocidad que corría me arrojo disparado hacia unas rocas en donde caí y perdí el sentido. A la mañana siguiente desperté desorientado por lo que había pasado con esfuerzo reconstruí el recuerdo de los acontecimientos y al consultar la fecha en que

Contaba el anciano que llegaron a una parte donde la cueva enancho considerablemente y se miro iluminada por una luz que no se sabia de donde procedía, pero daba esplendor y belleza al espectáculo en donde se veía una cantidad enorme de objetos de oro blanco y amarillo, en donde destacaban grandes piedras
preciosas relucientes y brillantes que emitían destellos de distintos grados de intensidad y colores, unas eran blancas, moradas y negras. Los objetos de oro macizo eran innumerables, desde anillos, pendientes, collares, estatuas, vajillas, obras en relieve, cofres. Cuando el hombre enajenado con tanta riqueza tomaba una pieza, la dejaba para contemplar otra y luego descubría otra de mayor belleza, llego hasta él, una mujer joven de unos 20 años de edad, rubia y hermosa que acercándose al intruso le dijo:
Martín, todo esta riqueza es tuya, porque eres el primero en descubrirla, hasta este momento no ha habido mortal alguno que se hubiera atrevido a penetrar a esta cueva donde descansa para siempre este tesoro. Tu lo conquistaste y te quedaras para siempre a vivir con él, hasta la consumación de los siglos, porque no puedes sacar de aquí, ni una sola piedra, solamente el recuerdo de lo que acabas de mirar.
En ese momento escuche un enorme ruido ensordecedor y mire nuevamente al enorme toro negro que pisando sobre aquel fantástico tesoro mugía como con deseos de salir de aquel lugar.
Me acerque al animal y en el momento



Contaba el anciano que llegaron a una parte donde la cueva enancho considerablemente y se miro iluminada por una luz que no se sabia de donde procedía, pero daba esplendor y belleza al espectáculo en donde se veía una cantidad enorme de objetos de oro blanco y amarillo, en donde destacaban grandes piedras
preciosas relucientes y brillantes que emitían destellos de distintos grados de intensidad y colores, unas eran blancas, moradas y negras. Los objetos de oro macizo eran innumerables, desde anillos, pendientes, collares, estatuas, vajillas, obras en relieve, cofres. Cuando el hombre enajenado con tanta riqueza tomaba una pieza, la dejaba para contemplar otra y luego descubría otra de mayor belleza, llego hasta él, una mujer joven de unos 20 años de edad, rubia y hermosa que acercándose al intruso le dijo:
Martín, todo esta riqueza es tuya, porque eres el primero en descubrirla, hasta este momento no ha habido mortal alguno que se hubiera atrevido a penetrar a esta cueva donde descansa para siempre este tesoro. Tu lo conquistaste y te quedaras para siempre a vivir con él, hasta la consumación de los siglos, porque no puedes sacar de aquí, ni una sola piedra, solamente el recuerdo de lo que acabas de mirar.
En ese momento escuche un enorme ruido ensordecedor y mire nuevamente al enorme toro negro que pisando sobre aquel fantástico tesoro mugía como con deseos de salir de aquel lugar.
Me acerque al animal y en el momento





# La visita a los 7 templos

Santiago Bayacora es un pequeño poblado que se encuentra a pocos kilómetros al sur de la ciudad de Durango .

Los antepasados de Santiago recuerdan que cuando el gobierno intentó aplicar la Constitución Política sometiendo a control los actos religiosos y la vida de los sacerdotes, varias personas de esta y otras partes del país, buscaron defender sus creencias, rebelándose contra el gobierno. Se emprendió así una rebelión de los cristeros que en esta congregación encabezó el sacristán de la iglesia Trinidad Mora que como cristero atacó al enemigo por medio de guerrillas. La rebelión cristera se extendió desde el año de 1926 hasta después de 1930 y fueron muchas las víctimas de estos sucesos.

Por ese motivo, el pueblo casi quedó desierto, sólo unas cuantas familias que no se enrolaron en el movimiento que no resultaron sospechosas, continuaron viviendo en el lugar.

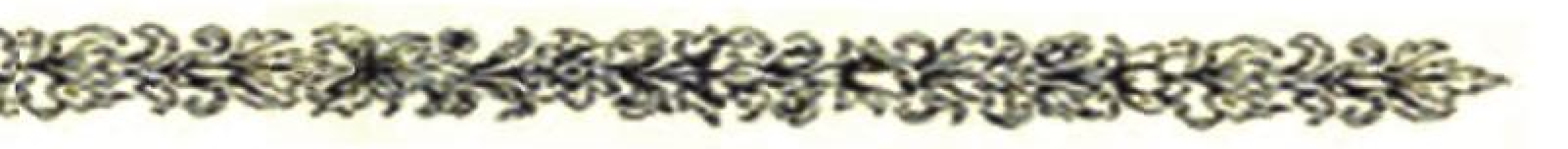
Dentro de los santiagueros más renombrados se hallaba una muchacha de nombre Ricarda Campos. Era muy conocida en la región por su belleza: de ojos grandes color de esmeralda, de cabello rubio, brillante y sedoso, nariz aguileña y labios finos tan seductores como esperando la caricia de un hombre. Su cuerpo alto y bien proporcionado; Siendo todo un conjunto de gran admiración que conmovía al mas escéptico caballero. Además su voz y comportamiento hacían gala de una persona alegre y sencilla, lo que le permitía fácilmente comunicase con los demás.

que lo tome por la cola, emprendió su veloz carrera hacia la oscuridad

del túnel de la cueva. Con toda la fuerza de mi energía vital, me prendí con las dos manos de aquel animal que mas que correr volaba. Después de unos segundos, advertí al aire fresco de la noche y contemple las estrellas del cielo, lo cual me decía que estaba fuera del interior del Cerro del Mercado. Aquella sensación de libertad me hizo desprenderme de la cola del toro, el cual con la velocidad que corría me arrojo disparado hacia unas rocas en donde caí y perdí el sentido. A la mañana siguiente desperté desorientado por lo que había pasado con esfuerzo reconstruí el recuerdo de los acontecimientos y al consultar la fecha en que me encontraba advertí que había pasado exactamente veinticuatro horas en el interior de la cueva misteriosa en donde todas las noches sale el toro negro con cuernos de oro.

del túnel de la cueva. Con toda la fuerza de mi energía vital, me prendí con las dos manos de aquel animal que mas que correr volaba. Después de unos segundos, advertí al aire fresco de la noche y contemple las estrellas del cielo, lo cual me decía que estaba fuera del interior del Cerro del Mercado. Aquella sensación de libertad me hizo desprenderme de la cola del toro, el cual con la velocidad que corría me arrojo disparado hacia unas rocas en donde caí y perdí el sentido. A la mañana siguiente desperté desorientado por lo que había pasado con esfuerzo reconstruí el recuerdo de los acontecimiento



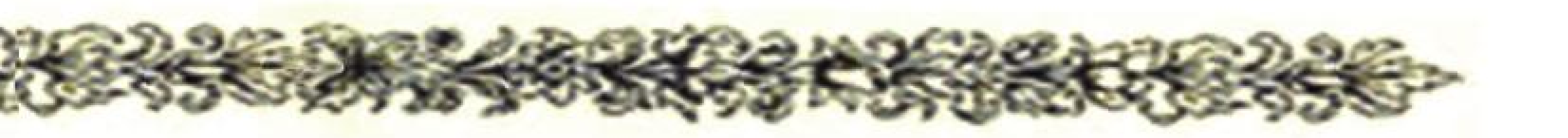


# La bruja de Analco

En Sevilla, en el mismo atrio de Santa Inés, y mientras esperaba que
comenzase la Misa del Gallo, oí esta tradición a una demandadera del
convento.
Como era natural, después de oírla, aguardé impaciente que comenzara
la ceremonia, ansioso de asistir a un prodigio.
Nada menos prodigioso, sin embargo, que el órgano de Santa Inés, ni
nada más vulgar que los insulsos motetes que nos regaló su organista aquella
noche.
Al salir de la Misa, no pude por menos de decirle a la demandadera con
aire de burla:
-¿En qué consiste que el órgano de maese Pérez suena ahora tan mal?
-¡Toma! -me contestó la vieja-, en que ese no es el suyo.
-¿No es el suyo? ¿Pues qué ha sido de él?
-Se cayó a pedazos de puro viejo, hace una porción de años.
-¿Y el alma del organista?
-No ha vuelto a parecer desde que colocaron el que ahora les sustituye.
Si a alguno de mis lectores se les ocurriese hacerme la misma pregunta,
después de leer esta historia, ya sabe el por qué no se ha continuado el
milagroso portento hasta nuestros días.
-¿Veis ese de la capa roja y la pluma blanca en el fieltro, que parece que
trae sobre su justillo todo el oro de los galeones de Indias; aquél que baja en
este momento de su litera para dar la mano a esa otra señora que, después de
Pues ese es el Marqués de Moscoso, galán de la condesa viuda de Villapineda.
Se dice que antes de poner sus ojos sobre esta dama, había pedido en
matrimonio a la hija de un opulento señor; mas el padre de la doncella, de
quien se murmura que es un poco avaro... Pero, ¡calle!, en hablando del ruin de Roma, cátale aquí que asoma. ¿Veis aquél que viene por debajo del arco de San Felipe, a pie, embozado en una capa oscura, y precedido de un solo criado con una linterna? Ahora llega frente al retablo.
¿Reparasteis, al desembozarse para saludar a la imagen, la encomienda
que brilla en su pecho?
A no ser por ese noble distintivo, cualquiera le creería un lonjista de la
calle de Culebras... Pues ese es el padre en cuestión; mirad cómo la gente del
pueblo le abre paso y le saluda.
Toda Sevilla le conoce por su colosal fortuna. El sólo tiene más ducados
de oro en sus arcas que soldados mantiene nuestro señor el rey Don Felipe; y con sus galeones podría formar una escuadra suficiente a resistir a la del Gran Turco...
Mirad, mirad ese grupo de señores graves: esos son los caballeros
veinticuatros. ¡Hola, hola! También está el flamencote, a quien se dice que no han echado ya el guante los señores de la cruz verde, merced a su influjo con los magnates de Madrid... Éste, no viene a la iglesia más que a oír música...



Pues nada,
él se da tal maña en arreglarlo y cuidarlo, que suena que es una maravilla...
Como le conoce de tal modo, que a tientas... porque no sé si os lo he dicho, pero el pobre señor es ciego de nacimiento... Y ¡con qué paciencia lleva su desgracia!... Cuando le preguntan que cuánto daría por ver, responde: Mucho, pero no tanto como creéis, porque tengo esperanzas. -¿Esperanzas de ver? -
Sí, y muy pronto -añade sonriéndose como un ángel-; ya cuento setenta y seis años; por muy larga que sea mi vida, pronto veré a Dios...
¡Pobrecito! Y sí lo verá... porque es humilde como las piedras de la calle, que se dejan pisar de todo el mundo... Siempre dice que no es más que un pobre organista de convento, y puede dar lecciones de solfa al mismo maestro de capilla de la Primada; como que echó los dientes en el oficio... Su padre tenía la misma profesión que él; yo no le conocí, pero mi señora madre, que santa gloria haya, dice que le llevaba siempre al órgano consigo para darle a los fuelles. Luego, el muchacho mostró tales disposiciones que, como era natural, a la muerte de su padre heredó el cargo... ¡Y qué manos tiene! Dios se las bendiga. Merecía que se las llevaran a la calle de Chicarreros y se las engarzasen en oro... Siempre toca bien, siempre, pero en semejante noche como ésta es un prodigio... Él tiene una gran devoción por esta ceremonia de la Misa del Gallo, y cuando levantan la Sagrada Forma al punto y hora de las florido de Sevilla, hasta el mismo señor arzobispo,
vienen a un humilde convento para escucharle: y no se crea que sólo la gente sabida y a la que se le alcanza esto de la solfa conocen su mérito, sino que hasta el populacho. Todas esas bandadas que veis llegar con teas encendidas entonando villancicos con gritos desaforados al compás de los panderos, las sonajas y las zambombas, contra su costumbre, que es la de alborotar las iglesias, callan como muertos cuando pone maese Pérez las manos en el órgano... y cuando alzan... cuando alzan no se siente una mosca... de todos los ojos caen lagrimones tamaños, y al concluir se oye como un suspiro inmenso, que no es otra cosa que la respiración de los circunstantes, contenida mientras dura la música... Pero vamos, vamos, ya han dejado de tocar las campanas, y va a comenzar la Misa, vamos adentro...
Para todo el mundo es esta noche Noche-Buena, pero para nadie mejor que para nosotros.
Esto diciendo, la buena mujer que había servido de cicerone a su vecina, atravesó el atrio del convento de Santa Inés, y codazo en éste, empujón en aquél, se internó en el templo, perdiéndose entre la muchedumbre que se agolpaba en la puerta.
La iglesia estaba iluminada con una profusión asombrosa. El torrente de luz que se desprendía de los altares para llenar sus ámbitos, chispeaba en los ricos joyeles de las damas que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo



las encomiendas rojas y verdes, en la una mano el fieltro, cuyas plumas besaban los tapices, la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque o acariciando el pomo del cincelado puñal, los caballeros veinticuatros, con gran parte de lo mejor de la nobleza sevillana, parecían formar un muro, destinado a defender a sus hijas y a sus esposas del





# El puente que construyó el diablo

La tradición oral que entre los duranguenses se transmite de padres a hijos, sostiene que el puente que existe en la población Nava coyán, Dgo., fue construido por el diablo en una sola noche y es una de tantas veces que el diablo siendo tan diablo, no termino totalmente la obra y perdió el trato que había concertado con el albañil que lo había contratado.

Nava coyán fue un pueblo indígena, como asentamiento humano su origen se remonta a la época prehispánica y posteriormente en la conquista y la colonia, siguió siendo importante población agrícola.

Al decir que la tradición, desde su origen represento problema serio en época de lluvias la presencia del río que corre cerca del lugar y cuando aumenta su cauce, crece tanto que interrumpe el paso por varios días, incomunicando a la región y dificultando la comunicación con la ciudad de Durango.

Parece ser, que desde los tiempos prehispánicos se improvisaron puentes frágiles con troncos de árbol, los cuales nunca garantizaban seguridad de servicio eficiente. Posteriormente en la época de la colonia, Nava coyán fue parte de entrada a la capital de la Nueva Vizcaya, circunstancia que le dio importancia comercial, económica y geográfica como punto de enlace, lo cual ocasiono que las autoridades se preocuparan formalmente por la construcción del puente objeto de esta leyenda.

La falta en ese tiempo de la Ingeniería Civil como disciplina encargada de calcular resistencias, capacidad de carga, extensión de cobertura y demás elementos que determinan la mayor eficacia en la construcción de un puente como medio de comunicación, ocasionaban que en ese lugar se construyeran cada año en época de secas un puente que representaba grandes costos y fuertes erogaciones para los dueños de la hacienda y, en cada época de llu



La tradición oral que entre los duranguenses se transmite de padres a hijos, sostiene que el puente que existe en la población Nava coyán, Dgo., fue construido por el diablo en una sola noche y es una de tantas veces que el diablo siendo tan diablo, no termino totalmente la obra y perdió el trato que había concertado con el albañil que lo había contratado. Nava coyán fue un pueblo indígena, como asentamiento humano su origen se remonta a la época prehispánica y posteriormente en la conquista y la colonia, siguió siendo importante población agrícola.

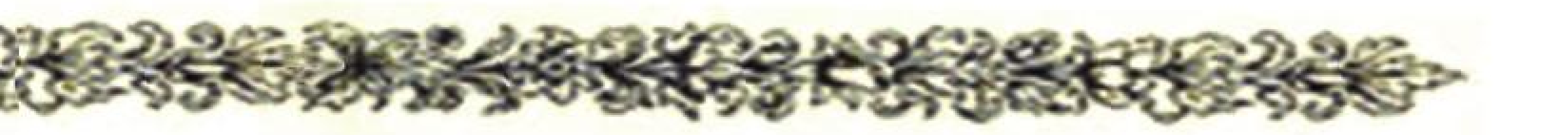
Al decir que la tradición, desde su origen represento problema serio en época de lluvias la presencia del río que corre cerca del lugar y cuando aumenta su cauce, crece tanto que interrumpe el paso por varios días, incomunicando a la región y dificultando la comunicación con la ciudad de Durango.

Parece ser, que desde los tiempos prehispánicos se improvisaron puentes frágiles con troncos de árbol, los cuales nunca garantizaban seguridad de servicio eficiente. Posteriormente en la época de la colonia, Nava coyán fue parte de entrada a la capital de la Nueva Vizcaya, circunstancia que le dio importancia comercial, económica y geográfica como punto de enlace, lo cual ocasiono que las autoridades se preocuparan formalmente por la construcción del puente objeto de esta leyenda.

La falta en ese tiempo de la Ingeniería Civil como disciplina encargada de calcular resistencias, capacidad de carga, extensión de cobertura y demás elementos que determinan la mayor eficacia en la construcción de un puente como medio de comunicación, ocasionaban que en ese lugar se construyeran cada año en época de secas un puente que representaba grandes costos y fuertes erogaciones para los dueños de la hacienda y, en cada época de lluvias era arrollado por la corriente y destruido en su totalidad. Ante la cada vez creciente necesidad de contar con un buen puente que resistiera los embates de las fuertes avenidas del río, se opto por buscar un maestro de obras experimentado y competente que pudiera hacerse cargo de la construcción del puente de referencia, contratando a los mejores maestros albañiles que se conocían en la región, los cuales, algunos no lograron terminar la obra y otros que si la realizaron, fue destruida por la lluvia y la corriente.

Para superar aquel problema que parecía imposible, se opto por contratar un experimentado constructor de puentes traído de la ciudad de Zacatecas, quien tenía fama de haber realizado obras de tal naturaleza con mucho éxito.

En virtud a que tantos constructores habían fallado en el cumplimiento del contrato y de la obra; el hacendado estableció con el nuevo maestro albañil, condiciones muy concretas, como fueron el hecho de que tal puente debería terminarse para una fecha determinada, antes de que se iniciaran las lluvias y, si no se cumplía esa condición, el constructor perdía trabajo y dinero invertido en la obra y el hacendado, quedaba liberado de toda obligación para pagar el costo convenido por la construcción.



Aceptadas las c ondiciones, se puso mano a la obra contratando maestros, aprendices y oficiales de albañilería, así como acarreo de piedra y demás materiales que requería aquella enorme construcción. Aunque aparentemente todo se había calculado con precisión, hubo imprevistos que retrasaron el trabajo y cuando el tiempo establecido en el contrato estaba por vencerse, la obra llevaba un retraso de un setenta y cinco por ciento y resultaba materialmente imposible terminarla en el plazo convenido.

Para el hombre serio y honesto consigo mismo, la palabra debe ser norma invariable de cumplimiento en sus compromisos, por lo cual, lo que se trata de palabra, debe ser un valor humano de primer orden.

ASCII lo considero el maestro constructor de este legendario puente, quien al mirar que el tiempo transcurría y resultaba humanamente imposible dar cumplimiento a su compromiso contraído, se preocupo tanto que se pasaba los días y las noches sin comer y sin dormir pensando que la fatalidad lo había vencido y no terminaría en la fecha convenida, circunstancia que lo hacia perder mucho dinero y trabajo invertido y lo que le parecía más grave, perdia su honor al faltar al cumplimiento de su palabra empeñada.

Cuando el ser humano se encuentra abrumado por la impotencia y cercado por la adversidad, recurre a lo sobrenatural, pidiendo la realización de un milagro o bien, a la concurrencia de fuerzas magicas que sean capaces de hacer, lo que el hombre está imposibilitado para realizar.

Eso momentos de impotencia e irrealidad, dan origen a los sueños, la fantasia y la imaginación creadora, que genera a la fe, a la creación extraordinaria y a las grandes ideas que mueven al mundo y han dado origen a las grandes empresas.

En el caso del albañil, se dice que en el momento supremo de su angustia y desesperación, manifestó que por tal de no quedar mal en el compromiso contraído y cumplir su palabra de honor, estaba dispuesto a entregar su alma al diablo si es que le ayudaba a construir aquel puente.

Tanto fue el poder mental de su concentración y comunicación hacia el infinito, que en ese preciso momento se presento ante aquel hombre un curro vestido de negro, quien le ofreció su ayuda a cambio de disponer del albañil en cuerpo y alma.

Se cerró el compromiso, cuando el sol ya había ocultado y llego la noche.

El albañil ansioso de presenciar la obra que realizaría el diablo y los recursos que iba a emplear para terminar en una noche aquel puente que representaba meses de trabajo, no se desprendió del lugar y sintió profunda desconfianza cuando advirtió que las horas transcurrían y el trabajo no se iniciaba. Descorazonado por el incumplimiento del compromiso, ya se sentía derrotado, cuando llegaron las doce de la noche y cantaron los gallos uno a uno. Al terminar de cantar el último gallo, miles de hombres aparecieron como por arte de magia y dentro de una terrible tormenta que se desato en ese momento, todos trabajaban febrilmente en la construcción del puente. El hombre absorto contemplaba que la construcción avanzaba precipitadamente y el maestro mayor o director de obra era nada me-



nos que el hombre vestido de negro que había concertado el compromiso de la construcción. La obra prácticamente se había terminado, solamente faltaba de poner la ultima piedra en un alero del puente, cuando canto el primer gallo de la madrugada, canto mágico que hizo cesar aquel enorme movimiento y dar por terminado el trabajo. Para asombro de los lugareños y hacendado quien había mandado construir el puente, la construcción que un día antes apenas tenia los cimientos, a la mañana siguiente estaba terminada totalmente, faltándole solamente una piedra que no representaba peligro ni hacia falta.

Para entregar la obra completamente terminada, el albañil coloco la piedra que faltaba, la pego con mezcla y se fue a llamar al hacendado para entregarle la obra terminada. Grande fue su sorpresa, que al regresar, la piedra estaba fuera del muro y no había señal alguna de que antes él hubiera pegado. Así el puente de Nava Coyán fue terminado faltándole solamente una piedra, la cual se quedó así para siempre.

Una vez que el maestro entrego la obra y recibió el dinero del contrato se encontró con el diablo quien le dijo:

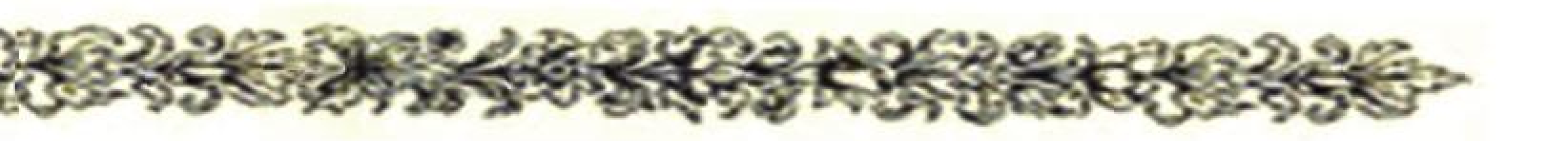
Vengo por ti a llevarte para el infierno conforme el trato que hicimos.

El albañil le contesto:

No cumpliste con lo tratado, porque falto de pegar una piedra. En el preciso momento que el maestro, dándose unos golpes con las palmas de la mano en los lados del pantalón para simular el aleteo de un gallo, pronuncio fuertemente: quiquiriquí quiquiriquí quiquiriquí, el diablo desapareció y nunca volvió.







# Las piedras azules del río Tunal

Hace mucho tiempo, tanto que las fechas y los nombres de las personas ya se borraron del archivo de la memoria, existió aquí en el Pueblito una familia que tenia tres hijas muy bonitas, tan guapas y hermosas que todos se quería casar con ellas y como eran tan codiciadas las mismas muchachas decidieron no casarse con nadie y le dijeron a su padre:

-Papa, le suplicamos que no conceda nuestra mano en compromiso de matrimonio a ningún caballero que la solicite, en virtud a que consideramos que quienes nos piden como esposas, no lo hacen por amor. Aquella petición desconcertó un tanto al padre de las muchachas, pero se dispuso a cumplirla.

Pronto el contenido de la estaña petición se extendió en el pueblo. Entre tanto, el hombre se convirtió en un celoso custodio de sus hijas y con mosquete en mano patrullaba en perímetro de su residencia de dìa y noche.

Las chicas mitigaban su angustia de soledad visitando las márgenes del rió, sombreadas con árboles añosos de corpulento tronco donde se bañaban y al mismo tiempo entonaban románticas canciones.

Un DIA de tantos, tres mancebos apuestos y simpáticos irrumpieron en la quietud del baño, cada uno tomo en sus brazos a la belleza de su predilección y entregándoles un apasionado beso de amor, les manifestaron pasión que habían reprimido por mucho tiempo.

Las mujeres aun sorprendidas, correspondieron a las cortesías varoniles y en ese momento nacieron tres parejas que se juraron amor eterno, optando por mirarse en ese lugar todas las noches alumbrados por la luna.

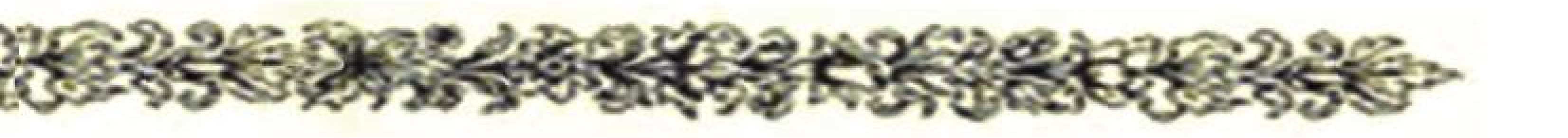
Las visitas al rió de las tres muchachas se hicieron mas frecuentes y prolongadas, circunstancia que despertó el celo y la desconfianza de los padres de las chicas, quienes al sentirse burlados y desobedecidos, en una noche de luna, levantaron los brazos y los ojos al cielo y en ferviente voto de fe pronunciaron la siguiente maldición:

-Señor, por las cinco llagas de tu cuerpo, los tres clavos de tu cruz y las doce verdades del mundo, te pedimos conviertas estas muchachas en piedras antes de verlas en brazos de mortal alguno.

El conjuro, provocó el milagro y las hermosas muchachas se quedaron clavadas al fondo del rió hasta la consumación de los siglos, convertidas en tres enormes rocas, donde a una de ellas, se le distingue bien el peine ton que en ese momento portaba en la cabeza.

De los mancebos nunca se conoció su destino, pero las hermosas muchachas continúan su baño en las aguas del rió Tunal, cantando hermosas canciones ininteligibles en las noches de luna llena.





# El canto del tecolote

El tecolote y la lechuza son aves nocturnas milenarias que han sobrevivido al paso de los siglos. Algunas leyendas explican su origen y aunque por su naturaleza de permanente desvelo representan al saber y la sabiduría, arrastran fama de aves de mal agüero cuyo canto se asocia a la realización de acontecimientos misteriosos y desagradables acompañados de la muerte.

Fue famoso el refrán de la época colonial cuando decían los españoles:

Cuando el tecolote canta el indio muere o algo sucede. Esta fama de anunciar la muerte, sigue acompañando a estas aves hasta el momento actual en que se asegura que el canto del tecolote o el graznido de una lechuza son preludio de fatales acontecimientos.

Durante muchos años se dijo que en lo alto del campanario del templo de San Agustín vivía un tecolote que solamente cantaba cuando iba a fallecer algún paciente que era atendido en el sanatorio de Rodarte o un vecino del barrio del Calvario.

Esta mala fama de los búhos hace que se les persiga sin piedad, tratando de ahuyentarlos de los lugares de donde habitan.

Al que esto escribe le consta que como verdadera coincidencia en más de tres ocasiones en el barrio de la Colonia Insurgentes, se ha presentado el caso de que el tecolote canta en algún lugar y a los dos o tres días algún vecino muere.

La lechuza es otra ave de mal agüero a la que se le adjudican fatales acontecimientos, dicen que en lechuzas se transforman las brujas, mujeres expertas en hacer males diabólicos y convertidas en aves nocturnas, vuelan y vuelan sobre las casas de sus victimas hasta consumar sus brujerías. Otras veces se paran en el pretil de la casa donde habita la persona hechizada y se ríen de sus males en sonora carcajada como si fueran personas humanas.

No falta quien sostiene que con un listón rojo donde se hace un nudo cada vez que se menciona una de las doce verdades del mundo y se reza un credo, es posible capturar a una lechuza que al convertirse en cautiva, recupera su forma humana y pide que la perdonen.

Cuando así sucede y la hechicera es perdonada, cesan los maleficios, dejan las lechuzas de volar noche a noche sobre aquella casa y los enfermos recobran su salud.

No siempre el tecolote y la lechuza son aves de mal agüero, también lo son de buen agüero y una de las leyendas que se refiere al origen de la riqueza de don Juan José de Zambrano, menciona que cuando este hombre inicio su actividad comercial llevando mercancías al mineral de Guarizamey y San Dimas en la segunda mitad del siglo XVIII en alguna ocasión que los sorprendió la noche



en la quebrada del Río Piaxtla, establecieron su campamento para descansar y en lo alto del árbol debajo del cual ponían su fogata, al oscurecer empezó a cantar un tecolote.

El mozo mayor de don Juan José Zambrano, le sugirió a su patrón cambiar el campamento a otro lugar, en virtud de que en aquel árbol estaba cantando el tecolote que era ave de mal agüero; dicen que don Juan José contesto:

No te preocupes, cuando esas aves son hembras traen la buena suerte y a mi entender esa que canta es tecolota, así que nos trae la buena suerte.

Aquella ave con anuencia de don Juan José permaneció cantando en el lugar hasta ya muy entrada la noche. Los arrieros que conformaban la caravana se miraban unos a otros con deseos de espantar o matar al animal, pero no lo hacían porque el amo, como le decían al jefe, ya había determinado que no se molestara a aquel indefenso animal.

Al otr día, cuando después de almorzar cargaron sus mercancías para continuar el viaje, grata fue la sorpresa de todos al mirar que existía un chorreadero de plata fundida, porque la fogata se había puesto sobre una rica veta de plata que salía a flor de tierra.

Don Juan José Zambrano abrió ese mismo día una mina a la que puso por nombre la Tecolota y después de doscientos años de explotación todavía se encuentra en producción en el mineral de Tayoltita, del municipio de San Dimas.

en la quebrada del Río Piaxtla, establecieron su campamento para descansar y en lo alto del árbol debajo del cual ponían su fogata, al oscurecer empezó a cantar un tecolote.

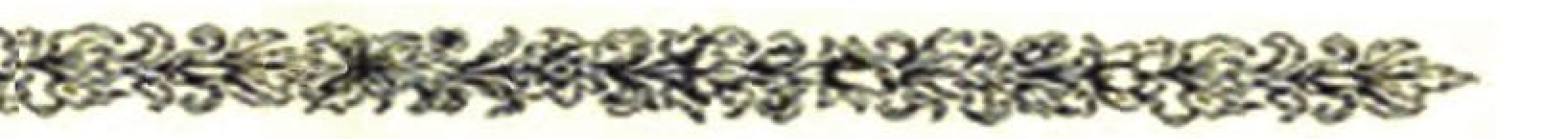
El mozo mayor de don Juan José Zambrano, le sugirió a su patrón cambiar el campamento a otro lugar, en virtud de que en aquel árbol estaba cantando el tecolote que era ave de mal agüero; dicen que don Juan José contesto:

No te preocupes, cuando esas aves son hembras traen la buena suerte y a mi entender esa que canta es tecolota, así que nos trae la buena suerte.

Aquella ave con anuencia de don Juan José permaneció cantando en el lugar hasta ya muy entrada la noche. Los arrieros que conformaban la caravana se miraban unos a otros con deseos de espantar o matar al animal, pero no lo hacían porque el amo, como le decían al jefe, ya había determinado que no se molestara a aquel indefenso animal.

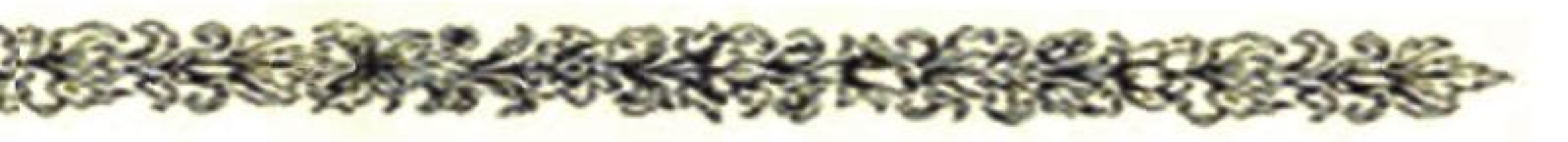
Al otr día, cuando después de almorzar cargaron sus mercancías para continuar el viaje, grata fue la sorpresa de todos al mirar que existía un chorreadero de plata fundida, porque la fogata se había puesto sobre una rica veta de plata que salía a flor de tierra.

Don Juan José Zambrano abrió ese mismo día una mina a la que puso por nombre la Tecolota y después de doscientos años de explotación todavía se encuentra en producción en el mineral de Tayoltita, del municipio de San Dimas.



en la quebrada del Río Piaxtla, establecieron su campamento para descansar y en lo alto del árbol debajo del cual ponían su fogata, al oscurecer empezó a cantar un tecolote.
El mozo mayor de don Juan José Zambrano, le sugirió a su patrón cambiar el campamento a otro lugar, en virtud de que en aquel árbol estaba cantando el tecolote que era ave de mal agüero; dicen que don Juan José contesto:
No te preocupes, cuando esas aves son hembras traen la buena suerte y a mi entender esa que canta es tecolota, así que nos trae la buena suerte.
Aquella ave con anuencia de don Juan José permaneció cantando en el lugar hasta ya muy entrada la noche. Los arrieros que conformaban la caravana se miraban unos a otros con deseos de espantar o matar al animal, pero no lo hacían porque el amo, como le decían al jefe, ya había determinado que no se molestara a aquel indefenso animal.
Al otr día, cuando después de almorzar cargaron sus mercancías para continuar el viaje, grata fue la sorpresa de todos al mirar que existía un chorreadero de plata fundida, porque la fogata se había puesto sobre una rica veta de plata que salía a flor de tierra.
Don Juan José Zambrano abrió ese mismo día una mina a la que puso por nombre la Tecolota y después de doscientos años de explotación todavía se encuentra en producción en el mineral de Tayoltita, del municipio de San Dimas.





# El confesionario que movió el diablo

La centenaria catedral de la ciudad de Durango con mas de cuatro siglos de existencia, ha contemplado imperturbable el paso de muchas generaciones que han dejado en sus canteras, el recuerdo de tantos y tantos aconteceres que transformados en consejas y leyendas llegan hasta nosotros con el rancio sabor de tiempos idos, para enriquecer el folklore de este Durango nuestro al que todos amamos con pasión.

Ahora nos ocupamos de unas de sus leyendas, que transmitida de generación en generación, se conserva en la memoria de los ancianos como perla escondida en relicario secreto.

Varios escritores se han ocupado de ella, como don Luciano López Negrete y el ingeniero Manuel Rangel Goverts que con pequeñas variantes la narran magistrablemente como lo hizo una noche de primavera mi abuela materna, la señora doña Santos Mena Urbina, quien rodeada de nietos y amigos de la familia a la luz de los rayos de una luna abrileña en plenilunio nos contó:

Transcurría la primera mitad del siglo XVIII por los años de 1738, cuando la noble y callada ciudad colonial de Durango, capital de la provincia de nueva Vizcaya se entremetió con la noticia de que en el interior del sacro recinto de la Santa Iglesia Catedral, se había presentado un hecho insólito, terrorífico e infernal que crispo los nervios de autoridades civiles y eclesiásticas, así como de la tranquila población de la comarca, al saber que Juan Pérez de Toledo Y Mendoza y en su arrepentimiento y afán de nulificar el trato que tenia con el diablo, había quedado muerto dentro de la misma catedral. Al decir de mi abuela, el mencionado Juan Pérez de Toledo, era un hombre dominado por el vicio y la ambición, rico de nacimiento que dilapido inmensa fortuna entregado al vino, el juego y las mujeres y toda clase de vicios que puede cargar sobre si un ser humano.  wEs ley natural del universo que todo tiene principio y tiene fin, circunstancias que llevo a la miseria Juan Pérez, quien al mirarse abrumado por la pobreza y el vicio, opto por recurrir al robo y el asesinato para satisfacer sus insanas necesidades y mitigar la falta de recursos que lo acosaba en todas partes.

La justicia lo perseguía, la indigencia y el vicio lo seguían dominando y en un arranque supremo de desesperación y angustia, tratando de encontrar una solución mágica a sus problemas, recurrió a pedir el auxilio y ayuda al diablo.

En un lugar distante de la ciudad, allá por el oriente, donde hacían cruz los caminos y cuando la campana mayor de la catedral sonaba las doce de la noche, aquel hombre solo y en la oscuridad llamo tres veces a Satanás, supremo señor de las tinieblas quien envuelto en un torbellino de viento y polvo, llego contraje de la época, totalmente negro, rostro cadavérico



donde brillaban un par de ojos rojos que despedían fuego. Después de breve cambios de palabras Juan fue envestido de poderes sobrenaturales para obtener dinero, vino y mujeres en abundancia, con el solo hecho de pedirlos con el pensamiento. El hombre continuo con su desordenado vivir, entre tanto, el tiempo seguía su curso en sucesión inevitable de días y de noches, haciendo envejecer al personaje del relato. Hasta llevarlo a la vejez absoluta, cuando ya no podía ni con su persona, menos aun con sus vicios y vida disipada.

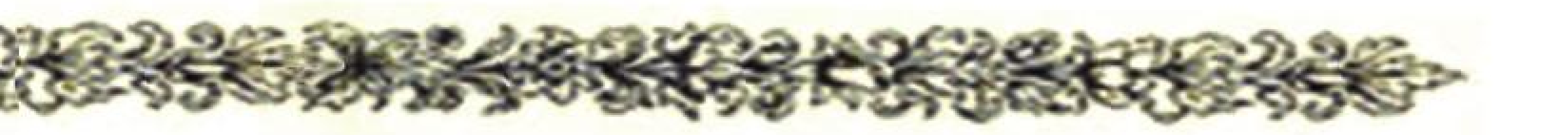
Cuando el tiempo madura la existencia de los seres humanos, como hace madurar los frutos en las plantas, llega la reflexión, el arrepentimiento a las acciones equivocadas y por fin el ser se encuentra consigo mismo, entiende mucho de los secretos del universo, y se comunica espiritualmente con el ser superior de la creación, tratando de entender el misterio de la muerte, como fin de la existencia y principio de la eternidad.

En ese supremo instante de arrepentimiento y vergüenza personal, el personaje de esta leyenda sintió la necesidad de romper el compromiso contraído con el diablo y pretendió burlar el pacto, penetro a la catedral, se acerco a un sacerdote pidiendo confesión y cuando todo estaba dispuesto para llevar el sacramento, arrodillado frente al confesor, repentinamente el pesado confesionario con todo y el clérigo que estaba sentado en el mueble, fue levantado bruscamente colocando la puerta al

donde brillaban un par de ojos rojos que despedían fuego. Después de breve cambios de palabras Juan fue envestido de poderes sobrenaturales para obtener dinero, vino y mujeres en abundancia, con el solo hecho de pedirlos con el pensamiento. El hombre continuo con su desordenado vivir, entre tanto, el tiempo seguía su curso en sucesión inevitable de días y de noches, haciendo envejecer al personaje del relato. Hasta llevarlo a la vejez absoluta, cuando ya no podía ni con su persona, menos aun con sus vicios y vida disipada.

Cuando el tiempo madura la existencia de los seres humanos, como hace madurar los frutos en las plantas, llega la reflexión, el arrepentimiento a las acciones equivocadas y por fin el ser se encuentra consigo mismo, entiende mucho de los secretos del universo, y se comunica espiritualmente con el ser superior de la creación, tratando de entender el misterio de la muerte, como fin de la existencia y principio de la eternidad.

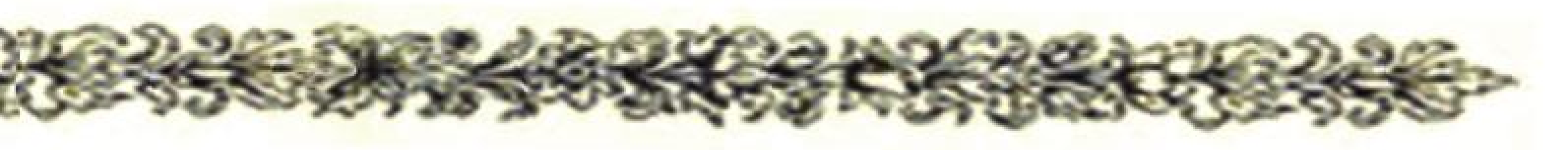
En ese supremo instante de arrepentimiento y vergüenza personal, el personaje de esta leyenda sintió la necesidad de romper el compromiso contraído con el diablo y pretendió burlar el pacto, penetro a la catedral, se acerco a un sacerdote pidiendo confesión y cuando todo estaba dispuesto para llevar el sacramento, arrodillado frente al confesor, repentinamente el pesado confesionario con todo y el clérigo que estaba sentado en el mueble, fue levantado bruscamente colocando la puerta al



lado de la pared y dejando a quien pretendía confesarse en la parte de atrás, el cual cayo muerto de manera fulminante con el asombro de que el confesor que aprisionado dentro del confesionario empezó a gritar pidiendo a Dios perdón y misericordia. Poco tiempo después, el sacristán y demás autoridades del templo rescataron al sacerdote y levantaron al muerto, el cual daba aspecto de haber sido quemado como fulminado por un rayo y despedía desagradable olor a azufre.

La noticia se extendió en la ciudad como reguero de pólvora y el confesionario aborrecido por todos, fue sentenciado al olvido, permaneciendo por siglos en un pasillo de la sacristía de los padres. En un hermoso y pesado mueble de madera, primorosamente tallado precisamente en el siglo XVIII y, actualmente luce rehabilitado colocado en la nave derecha de la catedral cerca de la sacristía de la hermosa y majestuosa Catedral de Durango.





# La Plaza de Toros de San Pedro

El 18 de Julio de 1894, la aficion zacatecana estaba de placemes, y con justisima razon, ya que se anunciaba para esa tarde una monumental corrida de toros en la que torearian, alternativamente, Ponciano Diaz el coloso de aquellos tiempos y Jose Bauzari, diestro cubano. Desde la mañana se notaba inusitado movimiento, por todas partes se hablaba de toros, de los pueblos mas cercanos llegaban coches y diligencias atestadas de aficionados a la fiesta brava. Entre las familias que llegaron venia Rosario Llamas, la mas bella jerezana de aquellos tiempos, huerfana y muy rica, era uno de los partidos mas codiciados, sus tios la guardaban celosamente.

Llego la ansiada tarde. Desde muy temprano los tendidos del sol y sombra estaban pletoricos de concurrentes, solo los palcos se hallaban desocupados hasta la ultima hora.

Un sol radiante en un cielo sin nubes, verdadera tarde de toros; el publico esperaba con desbordante entusiasmo el momento en que el señor Juez de la plaza diera la señal para empezar la corrida.

La Banda del Estado amenizaba la fiesta con alegres marchas y pasodobles y el publico de sol daba la nota humoristica.

Por fin sono el clarin y aparecio la cuadrilla, al frente Ponciano Diaz con terno negro oro, el capote recamado de oro y pedreria, a su lado Jose Bauzari con terno verde y oro. Detras los banderilleros, picadores, mozos de estoques, etc.

Dieron la vuelta al redondel entre los vivas de la multitud, en los palcos las damas saludaban con los pañuelos; alli estaba Rosario, hermosa entre las hermosas, realzando su belleza con la blanca mantilla, en el pecho un ramo de claveles rojos como sus labios.

Al saludar Ponciano al palco de la presidencia vio a Rosario y se sintio atraido por la magica belleza de la jerezana, que lo seguia aplaudiendo sin cesar; entonces llamando a Casimiro Medina, su mozo de estoques, le mando el capote de paseo para adorno de su palco.

Los toros eran de la ganaderia de Venader, famoso por su bravura y bella estampa, el que toco a Ponciano era un soberbio ejemplar apodado Pilongo, con una cornamenta espantosa que hubiera hecho temblar a otro que no fuera el diestro mexicano. Recibio dos buenas varas, no sin haber hecho horrible carniceria con los caballos de los picadores; los barendilleros se vieron apurados para lograr dos pares cabales al cuarteo.

Ponciano hizo algunas suertes del toreo de aquel entonces y pidiendo permiso a la autoridad se dirigio al palco de Rosario y brindo: “Por la reina de esta tarde, la mas hermosa entre las hermosas zacatecanas”…



Olas de rubor en el rostro de Rosario, y de envidia en todas sus vecinas de palco.
Se dirigio al toro y despues de unos pases naturales, otros redondos y otros a su modo, dirigio la espada sobre la cruz del lomo del animal que se arranco sobre Ponciano, recibiendo el estoque hasta la empuñadura.

Dianas, aplausos delirantes de la multitud, lluvia de flores, puros, sombreros y del tendido de sol muchos pesos de plata.

Rosario, palida de emocion, se quito un anillo de brillantes y metiendo en el el ramo de claveles que tenia en el pecho lo arrojo a los pies del matador.
Al terminar la corrida, fue Casimiro Median, el mozo de estoques, a recoger el capote de Ponciano y recibio de las manos temblorosas de Rosario un medallon con el retrato de ella para el torero y una bolsa de malla con dinero para el.
No volvieron a verse; los tios, al ver el giro que tomaban las cosas, se alarmaron y se la llevaron esa misma tarde para Jerez; en vano le rogaron varios amigos que se quedaran a la fiesta que se daba en el Casino en honor del matador; Rosario, con el espiritu ausente, se dejo llevar sin protesta alguna.
Nunca quiso casarse ni tener relaciones con alguno de sus muchos pretendientes, ni los consejos, regaños y amenazas de los tios la decidieron a tomar estado y vivio siempre fiel al recuerdo de aquella gloriosa tarde de toros en que Ponciano Diaz, el rey de la tauromaquia del siglo XIX, rindio pleitesia a su soberana hermosura.
Ponciano tampoco se caso, sabia medir las distancias y pretender casarse con la bella y rica jerezana era como escalar el firmamento.
Cuando murio, cinco años despues de haber conocido a Rosario, encontraron en su pecho el medallon con el retrato de su amor imposible, como el la llamaba.
La plaza de toros de San Pedro fue testigo de este idilio.







# La Piedra Negra

Todo dio principio por la natural ambición de dos amigos que decidieron abandonar de plano sus ocupaciones para aventurarse a buscar una mina que les diera riqueza. Allá por los ochentas del siglo pasado vivía en Zacatecas Misael Galán, fornido mocetón, tan entusiasta como ingenuo, que disfrutaba de un sueldo aceptable como empleado de un comercio dedicado a proveer las minas de la región de los elementos propios para el laboreo. En el almacén que estaba a su cargo se expendía pólvora, sogas, cubos para elevar el mineral y vaquetas para los cubos , barras, picos y cuZas para excavar, carbón para las fundiciones, etc., y Misael, en contacto con esos materiales soZaba con la oportunidad de poner en práctica sus pretensiones de minero, las instancias de Gildardo Higinio, su amigo de siempre que apoyaba sus propias inquietudes, le habían convencido de invertir sus ahorros en herramientas y materiales para iniciar la búsqueda del yacimiento.

Durante varios fines de semana, ambos amigos caminaron incansablemente por las montaZas circunvecinas; especialmente inspeccionaron al poniente de la cordillera que separa a Vetagrande de la capital zacatecana ya que, según Gildardo, por sus pláticas con viejos gambusinos y sus ocho aZos de experiencia en las minas de San Acacio, sabía localizar fuentes metalíferas. - Por este lado las vetas son innumerables y atraviesan las montaZas en todas las direcciones; lo que tenemos que hacer es descubrir una mina que no esté de manifiesto, ¡y a puro gozar! - ponderaba Gildardo Higinio. Comenzaron por acampar en los límites de lo que era terreno libre, donde ya durante cuatro o cinco días habían explorado siguiendo las instrucciones de Gildardo. Con su entusiasmo a cuestas recorrieron el camino a Vetagrande, pasaron por oficinas de beneficio, vieron pequeZas catas, bocas de mina. máquinas de desagüe trabajando, labores antiguas, terrenos y graseros alrededor de los tiros; todo ello en singular contraste con las agrestes montaZas que las rodean.

Antes de llegar al cerro del Magistral se desviaron al oriente para empezar ahí su búsqueda; todo el día vagaron escudriZando los montes y al atardecer decidieron regresar al campamento para dormir. Al faldear una empinada loma, de improviso se toparon con la entrada de una cueva de extraZo aspecto; a pesar de que habían cruzado varias veces por el lugar, no le parecía conocida, ¿les habría pasado inadvertida? ¡No, seguros estaban de que antes no la habían visto! Como movidos por un mismo impulso, se acercaron a la entrada, con precaución. Ya dentro de la caverna, a poco andar se presentó ante sus ojos algo fantástico: incrustada en el peZasco se veía claramente una gran roca refulgente. Ante tan maravilloso descubrimiento, y pasada su sorpresa, los dos jóvenes lanzaron gritos de alegría, y con entusiasmo se dedicaron a escarbar alre-



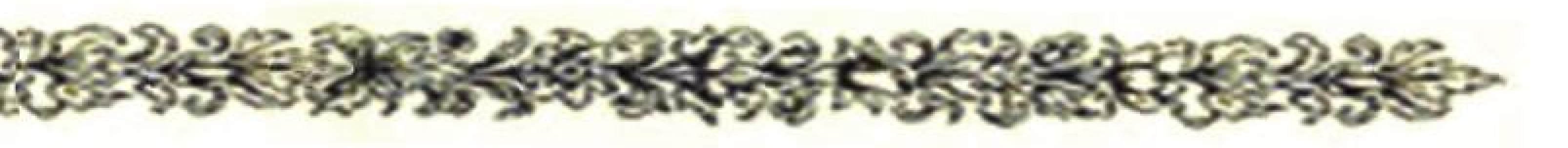
dedor de la piedra.
"¡Esto es oro!", decían con exaltación los afortunados y ovicios gambusinos. "Sin duda esta es la línea de una buena veta, comentaban. Buen tiempo trabajaron, alternándose en la tarea; mientras uno borneaba la barrena o sostenía la cuZa que se incrustaba en los cantos de piedra, el otro golpeaba el marro, hasta que lograron su empeZo. Desprendida la piedra, pasando por numerosos trabajos debido al peso de su carga y a lo accidentado del terreno, a campo traviesa lograron llevarla hasta el arroyo que baja de Vetagrande, y frente a ella quedaron extasiados contemplando su flamante tesoro. Volviendo de su ensimismamiento, comenzaron por desconfiar de que hubiesen sido descubiertos por otros gambusinos de los muchos que merodeaban los alrededores, ocupados en el mismo que hacer de ellos. Tras breves minutos, y enmedio del silencio nocturno que reinaba a su alrededor, concluyeron que estaban solos. No podían dormir, a pesar del cansancio y de ser ya pasada la media noche. Cada quien elucraba lo que había de disfrutar el resto de su vida con ese descubrimiento. Al recordar de nuevo la piedra, con sobresalto examinaban si había alguna amenaza que pusiera en peligro sus vidas o su preciado bien. A ratos se miraban uno al otro al otro con mutuo recelo e inquietud, sin saber definir hacia dónde se inclinaba su estado de animosidad. A la distancia sólo se escuchaban los ladridos de los perros del pueblo de Vetagrande. En su entorno se fueron espesando las sombras... Vetagrande ha sido uno de los más ricos veneros de metales preciosos que ha fabricado la naturaleza en el estado de Zacatecas. Se ubica a cinco kilómetros de la capital del estado, y tanto por la extensión de sus trabajos como por las cuantiosas cantidades de minerales extraídos durante muchos aZos, dieron significativa fuerza al régimen colonial y propiciaron el desarrollo económico de la región. En breve tiempo a partir de su descubrimiento, se creó la villa de Nuestra SeZora de Guadalupe de Vetagrande nombre oficial que tuvo al principio de la época colonial.



dedor de la piedra.

"¡Esto es oro!", decían con exaltación los afortunados y ovicios gambusinos. "Sin duda esta es la línea de una buena veta, comentaban. Buen tiempo trabajaron, alternándose en la tarea; mientras uno borneaba la barrena o sostenía la cuZa que se incrustaba en los cantos de piedra, el otro golpeaba el marro, hasta que lograron su empeZo. Desprendida la piedra, pasando por numerosos trabajos debido al peso de su carga y a lo accidentado del terreno, a campo traviesa lograron llevarla hasta el arroyo que baja de Vetagrande, y frente a ella quedaron extasiados contemplando su flamante tesoro. Volviendo de su ensimismamiento, comenzaron por desconfiar de que hubiesen sido descubiertos por otros gambusinos de los muchos que merodeaban los alrededores, ocupados en el mismo que hacer de ellos. Tras breves minutos, y enmedio del silencio nocturno que reinaba a su alrededor, concluyeron que estaban solos. No podían dormir, a pesar del cansancio y de ser ya pasada la media noche. Cada quien elucraba lo que había de disfrutar el resto de su vida con ese descubrimiento. Al recordar de nuevo la piedra, con sobresalto examinaban si había alguna amenaza que pusiera en peligro sus vidas o su preciado bien. A ratos se miraban uno al otro al otro con mutuo recelo e inquietud, sin saber definir hacia





# Árbol del Amor

Caminante, detén sólo un momento tu laberíntico deambular y sígueme; te guiaré hasta un frondoso árbol siempre verde llamado, según unos Aralia paperifer, de origen europeo y según otros Simporicarpium, de origen asiático, pero al que nosotros llamaremos con el nombre que le ha dado la leyenda, de "Arbol de Amor". Es un árbol muy especial, perteneciente a una especie sumamente rara, tanto que se dice que no hay otro ejemplar en el continente americano; eso explica la confusión de quienes han tratado de identificarlo con alguna especie conocida, y si algún día en pais exótico te topares con uno, te preguntarás si también encierra una singular historia de amor, como la que me contara don Pepe Salas, el afable custodio dele x convento de San Agustín. En pleno centro de la ciudad de Zacatecas, a espaldas del portal de Rosales y frente al ex convento de San Agustin, encontrarás una plazoleta arbolada que otrora fuera un minúsculo jardín. Es la actual plazuela de Miguel Auza. En este apacible rincón se daban cita feligreses, vendedores y aguadores, en cuya cotidiana calma provinciana la prisa no tenía lugar y sí la vida y el calor humano. Ahí, regado con el vital líquido que le sustentaba y con las lágrimas derramadas en silencio por tres seres marcados por un destino común, se encuentra el árbol que fue testigo de sus amores.

Caminante, detén sólo un momento tu laberíntico deambular y sígueme; te guiaré hasta un frondoso árbol siempre verde llamado, según unos Aralia paperifer, de origen europeo y según otros Simporicarpium, de origen asiático, pero al que nosotros llamaremos con el nombre que le ha dado la leyenda, de "Arbol de Amor". Es un árbol muy especial, perteneciente a una especie sumamente rara, tanto que se dice que no hay otro ejemplar en el continente americano; eso explica la confusión de quienes han tratado de identificarlo con alguna especie conocida, y si algún día en pais exótico te topares con uno, te preguntarás si también encierra una singular historia de amor, como la que me contara don Pepe Salas, el afable custodio dele x convento de San Agustín. En pleno centro de la ciudad de Zacatecas, a espaldas del portal de Rosales y frente al ex convento de San Agustin, encontrarás una plazoleta arbolada que otrora fuera un minúsculo jardín. Es la actual plazuela de Miguel Auza. En este apacible rincón se daban cita feligreses, vendedores y aguadores, en cuya cotidiana calma provinciana la prisa no tenía lugar y sí la vida y el calor humano. Ahí, regado con el vital líquido que le sustentaba y con las lágrimas derramadas en silencio por tres seres marcados por un destino común, se encuentra el árbol que fue testigo de sus amores.

En el pasado, el templo de San



Agustín daba vida espiritual a este bello rincón de ensueZo, propicio al atardecer para los enamorados. El aroma de exquisito incienso emanado del templo, al igual que las pleagrias de los fieles, creaban una mística sensación sedante de descanso para el cuerpo y tranquilidad para el espíritu.
Allá por 1850, un francés llamado Philipe Rondé, con admiración se extasiaba mirando la artísitica fachada del templo que, sentado en el jardn, dibujaba día a día. Este histórico dibujo es el único que se conserva del templo de San Agustín, que nos trasmite un esbozo del pasado esplendor ornamental que poseyó, bárbaramente cercenado a ciencia y paciencia de ignaro gobernante de principios de este siglo, en pleno porfiriato, ante la desesperación de un pueblo y sus dirigentes eclesiásticos. De nada sirvieron los amagos de excomunión frente a las amenzas de muerte dirigidas a presidiarios obligados a mutilar con cincel y marro la religiosa fachada.
Oralia, la hermosa jovencita de leyenda que dio origen al nombre con que popularmente se conoce al árbol, vivía en una de las seZoriales casas que daban marco colonial al jardín. Con la lozanía de su edad, propicia para el primer amor, su cantarina risa contagiaba la alegría de vivir a todo lo que la rodeaba.
Era Juan un humilde pero risueZo y noble barretero, que aun despierto soZaba encontrar la brillante veta de plata para ofrecérsela a Oralia, a quien amaba en silencio, mas al sentirla cerca la conciencia de su pobreza la alejaba como la mas remota estrella.
Por las tardes, al salir de la mina, Juan se convertía en alegre locuaz aguador, siempre acompaZado del paciente burro al que recitaba sus improvisados versos de amor, caminando más de prisa con la dulce ilusión de contemplar a Oralia al entregarle el cristalino líquido, parte del cual era destinado de inmediato a regar las plantas del jardín y en especial el árbol que cuidaban con esmero.
La juvenil Oralia sentía a su vez nacer un entraZable cariZo, más allá de la amistad, por el locuaz aguador que por su parte día a día se ganaba también la estimación de las familias.
Más sin saberlo Juanillo tenía un rival, que tras la etiqueta de la cortesía y modales refinados, conquistaba cada vez mayor campo en el corazón de Oralia, quien experimentaba la ruborosa turbación de sus encontrados sentimientos, ante la presencia de Pierre, aquel francés que la colmaba de atenciones.
El destino habia traído precisamente a su casa al francés al ocurrir la ocupación por las tropas invasoras en 1864, y por cortesía las familias dispensabn un trato deferente al extranjero, eximiendolo de responsabilidad por los actos de un gobierno al que debía obediencia. El francés, siempre impecable en sus modales y pulcro en el vestir, les



visitaba no tanto por corresponder a la amabilidad de la familia, sino con la secreta esperanza de impresionar a Oralia, de quien se había enamorado.

Con el permiso de los padres, solían sentarse bajo la sombra del árbol que Oralia regaba y cuidaba; entonces la joven dejaba volar su imaginación al escuchar la descripción que de su patria le hacia Pierre.

Juanillo sufría en silencio al contemplarlos juntos, incapaz de hacer nada para evitarlo, y al comprender la fatalidad de las barreras sociales que lo separaban de su amor, soZando siempre con encontrar la veta de plata que le ayudara a realizar sus sueZos.

Trabajaba duro en minas abandonadas, soportando la fatiga; al final de la joranda, el agua de las minas limpiaba el polvo que cubria su piel, haciendo huir el cansancio, para dirigirse con su fiel burrito a llenar sus botes del agua de la fuente y repartirla a las familias con quienes se habia "amarchantado", cuidando de dejar al final la casa d Oralia para disponer de un poco más de tiempo en su compaZia.

La simpatía del humilde enamorado hacía que Oralia lo esperara con impaciencia para que le ayudara a regar su árbol, como ya se había hecho costumbre. Al hacerlo, su regocijo se manifestaba en el lenguaje secreto de los enamorados; el árbol lo sabía y el susurro de sus hojas se confundia con el rumor de las risas de los jóvenes, mientras su follaje se inclinaba, en un intento de protegerlos de miradas indiscretas.

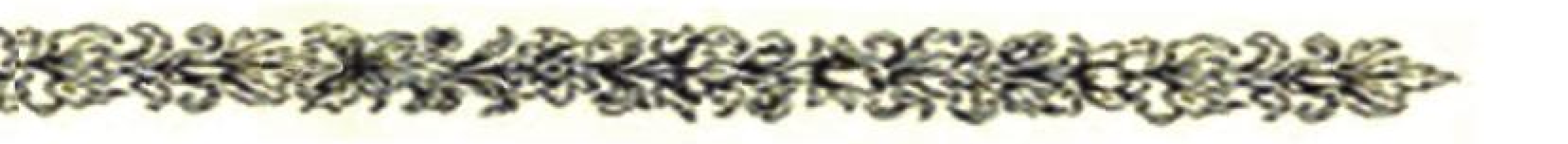
Dolía el corazón a Oralia cuando una tarde se encaminó hacia el templo. Postarada ante el altar, lloró en silencio al comparar dos mundos tan opuestos; su plegaria imploraba ayuda para tomar la decisión acertada en tan cruel dilema sentimental.

Al salir del templo y dirigirse a su casa sin haber logrado adoptar una resolución, se sentó en silencio bajo el árbol y el llanto volvió a sus ojos, su angustia provocaba la alteración del ritmo de los latidos de su corazón, cuando en su regazo cayó suavemente un racimo de cristalinas lágrimas que conmovido el árbol le ofrecía como amigo amoroso en su desconsuelo, y al contacto de sus tiernas manos, las lágrimas del árbol se conviertieron en un tupido racimo de blancas flores.

Oralia recuperó la paz junto a su árbol y encontró el valor suficiente para decidirse por su barretero, sin importarle su humilde condición.

Al día siguiente, el francés se presentó puntual en la casona y con semblante adusto informó de su próxima partida de la ciudad y del país. Otros vientos políticos flotaban en la nación y era urgente su traslado a Francia. Se llevaba el corazón destrozado por verse obligado a abandonar el afecto que habia encontrado, y la despedida le resultaba aún mas amarga al saber qd





# El tesoro del cerro del Xoconostle

En las cercanías de Fresnillo, a un par de leguas hacia el norte, se localiza un conjunto de cerros de regular altura. Uno de ellos llama la atención por la flora y fauna existentes, no es nada conocido en los alrededores. Se le conoce entre los lugareños como el Cerro del Xoconostle, también Cerro Gordo. (I) Lo que enseguida trataré de explicar, al parecer ocurrió en tiempos en que este poblado era conocido como Real de Minas del Fresnillo, en el siglo XVII para ser más exactos.

Fue cuando el beneficio de la plata alcanzaba otros derroteros que convertían al Fresnillo en un lugar que ofrecía infinidad de oportunidades para enriquecerse tanto para mineros como para comerciantes, hasta aventureros que provenían de distintos países y de la región.

El Real de Minas del Fresnillo producía plata principalmente, aunque también oro, pero en cantidades menores.

Estas riquezas fundidas en lingotes, eran transportadas en carromatos tirados por bueyes. Transitaban fuertemente custodiados por el camino real hasta llegar a la ciudad de Zacatecas donde se depositaban en la Caja Real.

De ahí se enviaba a España. Pero parte de la producción se quedaba en Fresnillo, con los ricos mineros y uno que otro mercader. Estas riquezas atraían poderosamente a mineros con menos suerte, así como a bandoleros que mantenían asolados a los poblados de la región por sus frecuentes correrías. Para evitar que los asaltos, robos y crímenes pudieran arrebatar los lingotes de plata y oro a sus propietarios, se recurría a las fuerzas armadas que a su cargo tenían el resguardo real y que se encontraban acuartelados en el Presidio o Cantón Militar (ahora Presidencia Municipal).

Lo anterior de hecho no ofrecía seguridad alguna a los pobladores y se buscó otra manera de proteger tales tesoros. Precisamente para estar más seguros de que las riquezas que extraían de las entrañas de las minas se mantuvieran mejor resguardadas, se decidieron a esconderlas en cuevas que nadie conociera. Se determinó que fueran las que se localizan en el Cerro del Xoconostle. A ese lugar de hecho nadie se acercaba porque era un cerro muy extraño, del cual decían los lugareños, habitaba el diablo.

Decían lo anterior porque de esas cuevas se despedia un penetrante y asfixiante olor, incluso ninguna hierba crecía. Dominaba el páramo matorrales y maleza espinosa que brotaba de la tierra de color negro. Este cerro, según los antiguos, fue hace miles de años chimenea del Volcán de Colima, por ese se encuentra gran cantidad de ceniza de color negro.

Además los arbustos que allí crecen son de una especie sumamente rara y de horrible apariencia. Los lagartos y serpientes que ahí abundan, son oscuras y de piel escamosa y de horripilante figura que ahuyenta a curiosos. Esto fue tomado en cuenta por los mineros para ocultar sus



fortunas. Creían que el temor al diablo que suponían habitaba esas cuevas, nadie se atrevería a incursionar en ellas, mucho menos en etratar de llevarse el tesoro de los mineros.

Pasaron los años y la gente empezó a olvidar lo que en el cerro se había depositado. Los mineros y mercaderes también y al parecer todo quedó en el olvido.

Trascurrieron los años y pocos en verdad recordaban ese pasaje de nuestras tradiciones y se llega a mediados del siglo XX.

Fue en tiempos cuando se construía la Carretera Panamericana o Cristóbal Colón (II), y que pasa a escasos metros del Cerro Gordo. En ese lugar empezaron a ocurrir extraños fenómenos que los trabajadores no sabían a que se debían, pero los atemorizaban cada vez que se acercaban a las cuevas que permanecían ocultas en el exuberante follaje.

Decían cada vez que se adentraban por el cerro a cortar leña para calentar sus alimentos o encender fogatas en la noche al acampar en ese sitio, escuchaban ruidos extraños que salían como de abajo del pedregoso terreno.

Luego empezaba a salir humo negro muy espeso que atemorizaba a los obreros porque apenas podían respirar. Muchos de ellos enfermaron, otros prefirieron abandonar el trabajo.

Resulta que cerca del Cerro Gordo habitaba un humilde pastor que cuidaba su modesto rebaño de cabras, el fue quien explicó a los trabajadores de la carretera lo que en el cerro había. Les dijo que el diablo habitaba en ellas y que cuidaba un tesoro que dejaron los mineros españoles hacia muchos años.

El diablo, según el pastor, le había dicho que el tesoro sería de quien se lo llevara cuando el no estubiera en la cueva, al regresar y al ver que no se habían llevado el oro y la plata, se quedarían con él en su lúgubre morada.

El pastorcillo explicaba que él conoció al diablo cuando una de sus cabras se internó en el monte y fue a caer en una de las cuevas, cuando intentaba rescatarla se le apareció el curro, así le llamaban a lucifer, y le dijo del tesoro.

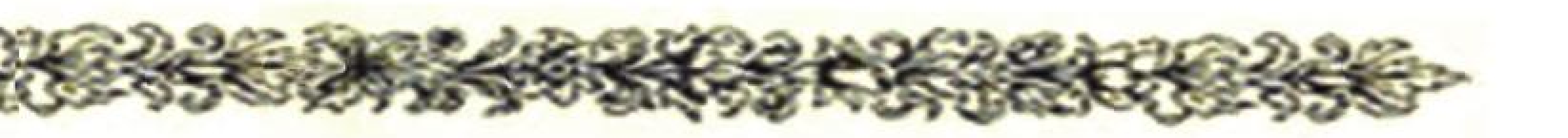
Asegura que él lo vio pero que no trató de llevarse nada. Incluso vuelve a asegurar que el diablo se retira de la cueva cada Viernes Santo, y es cuando se puede llegar ella, ya que aparece a la vista de todos.

Desde entonces los buscadores de tesoros, que por cierto son incontables, han pretendido evadir la presencia del maligno, y acuden cada viernes santo al cerro para tratrar de llegar a la cueva y sacar el tesoro antes de las tres de la tarde, que viene siendo la hora en que Cristo murió en la Cruz.

Pero, ninguno de ellos ha logrado saciar sus ambiciones, según eso porque pretenden llevarse todo y por la premura del tiempo al final de cuentas nada obtienen y optan por emprender la huida, regresan con las manos vacías.







# La serpiente petrificada

Hace muchos años la población de Fresnillo iba a ser devorada por una gigantesca serpiente que del mar venia y que a su paso arrasaba con todo. Lo anterior lo escuchamos de nuestros padres, ellos a su vez lo supieron de sus buelos... Fue hace muchos años, al parecer en tiempos de la colonia.

Hace muchos años la población de Fresnillo iba a ser devorada por una gigantesca serpiente que del mar venia y que a su paso arrasaba con todo.

Lo anterior lo escuchamos de nuestros padres, ellos a su vez lo supieron de sus buelos...Fue hace muchos años, al parecer en tiempos de la colonia. Los viejos lo platicaban según su muy particular manera de entenderlo.

Nadie se atrevía siquiera a cuestionarles, nadie se explicaba el porque se cernía sobre la población una amenaza de esa magnitud. Esta es una de las tantas versiones Esta serpiente se encontraba muy cerca de la poblaci6n, sus bramidos y ruidos que hacia al deslizarse por la tierra, eran claramente escuchados por los atemorizados habitantes.

Mucha gente la había visto y decía que surgió despu6s de una tormenta y fuerte granizada que flageló por varios días a la regi6n; afectaba también a la población de Fresnillo. Fue por el mes de agosto de hace muchísimos años, en tiempos de las lluvias... Era... una !!culebra¡¡ Así se le llamaba en aquellos tiempos a las trombas o tornados. Para frenar su devastadora fuerza se tenia que" cortar" con un cuchillo o tijeras. Se hacia cada vez que aparecía una "culebra", se le llamaba a la mujer mas vieja del poblado, la cual llevaba el cuchillo o tijeras, oraba continuamente para "cortar" la tromba y de esa manera evitar más daños a la comunidad. Todo mundo creia que la amenaza y peligro habían desaparecido luego de que el temporal amaino, pero.., no fue asi. Resulta que la" culebra" se convirti6 en la feroz serpiente que desde el mar venia a tragarse cuanto se encontraba al paso y se dirigía a Fresnillo.

Esta enorme serpiente viene hacia Fresnillo, según se escuchaba entre los habitantes, y agregaban: "viene a devorar a todos porque su comportamiento era de lo peor".

Se perdía el respeto a los mayores, los niños desobedecían a sus padres y los adultos trataban mal a los demás. Varios campesinos que vieron de cerca de la gigantesca sierpe, asombrados y alarmados llegaron hasta el pueblo minero para avisar del peligro que se cernía sobre los habitantes.

Todos ellos luego de haber escuchado a los labriegos, buscaron refugio y protecci6n en los templos. Tan solo algunos, muy pocos, intentaron salir de sus escondrijos para irse a otra parte, pero no se atrevían por temor de ser alcanzados y devorados por la serpiente. Un sacerdote fue quien finalmente se enfrent6 a la culebra, se hizo acompañar pot un niño. La serpiente al ver a quienes se atrevieron a hacerle frente, producía estridentes ruidos y se movía de tal manera que hasta la tierra temblaba.



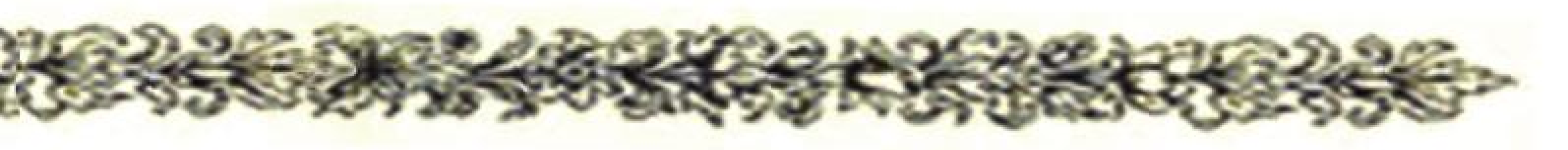
Por su parte el clérigo y el pequeño rezaban sin cesar, pidiendo que este feroz animal se retirara del lugar y no causara mas daño. El conjuro rindi6 sus efectos, la serpiente se quedó petrificada. (Sierra de Valdecañas) Después de este suceso los habitantes de Fresnillo modificaron su manera de ser, fueron más respetuosos con los ancianos, con los niños. Respetaban a sus padres y a todos los adultos. Se comportaron mejor que siempre, fueron más solidarios. Pasan los años y el suceso jamás se olvida.. La enorme culebra se quedo convertida en montes serranos, se quedo convertida en piedra, por cierto hay ejemplos de su existencia. Hace varios años intent6 despertar y hasta movió su cuerpo, hizo que la tierra temblara. De lo anterior nos pueden platicar quienes habitan parte de la colonia Esparza, en las cercanías del tiro Buenos Aires. ocurrió en el año de 1993, en vísperas de la Semana Santa, al sentirse movimientos de la corteza terrestre y escucharse ruidos extraños en el subsuelo.

La gigantesca serpiente totalmente petrificada, se puede ver en que sitio quedó. Hacia el poniente, en la Sierra de Valdecañas. Su enorme cuerpo y cabeza desde cualquier parte de la ciudad se puede observar con cierta claridad. Hay que preguntar a nuestros padres para que nos orienten hacia que rumbo quedo esta culebra petrificada que venia a devorar Fresnillo. Por cierto, todavía permanece dormida, pero en cualquier instante puede despertar.

Todo depende del comportamiento de todos los fresnillenses, principalmente de los niños para con sus padres y hermanos. Nota: (Sierra del Valdecañas, se le ubica al poniente de la ciudad. Parte de sus cordilleras se asemejan al cuerpo de la serpiente. La enorme cabeza-peñasco de singular tamaño, se puede ver al norte de esta serranía.)







# El tesoro de la joya

Eran los años en que la minería se adentraba en una bonanza que atraía a cientos de aventureros y mercaderes de todas partes, Hasta de otros países. El oro y la plata, según los pregoneros, "se sacaba a flor de tierra". Lo que enseguida contaré, tal y como lo escuché hace mucho tiempo, ocurrió por el año de 1585. Precisamente cuando se trabajaba con verdadero fervor las recientenente descubiertas minas de San Demetrio y de Frenillo. Su incipiente producción alentaba a los mineros a seguir con las agotadoras y peligrosas jornadas para obtener la tan ansiada riqueza.

Eran los años en que la minería se adentraba en una bonanza que atraía a cientos de aventureros y mercaderes de todas partes, Hasta de otros países. El oro y la plata, según los pregoneros, "se sacaba a flor de tierra".

Lo que enseguida contaré, tal y como lo escuché hace mucho tiempo, ocurrió por el año de 1585. Precisamente cuando se trabajaba con verdadero fervor las recientenente descubiertas minas de San Demetrio y de Frenillo.

Su incipiente producción alentaba a los mineros a seguir con las agotadoras y peligrosas jornadas para obtener la tan ansiada riqueza.

En torno a las minas, los trabajadores hacían correr como caudalosos riachuelos, las casi obligadas y avebturadas historias, ya fueran mito o realidad, pero...esta es una de ellas: Un empleado de mucha confianza de los propietarios de minas, de nombre Simón, era el encargado de llevar las talegas cargadas con monedas de oro y plata, para pagar sus jornales a los trabajadores de minas.

Durante años cumplió fiel y devotamente su misión. Sin embargo un día desapareció. Varios días después de su angustiante desaparición, su cuerpo sin vida fue encontrado cerca del arroyo conocido como la joya (III). El hombre de todas las confianzas de los dueños de las haciendas de beneficio de San Demetrio y de Las Minas del Fresnillo, Simón el viejo, fue asaltado y muerto por bandoleros que mantenían asolados los fundos y villorrios.

Ese día era muy especial, los mineros esperaban aemocionados su paga para reunirse con los suyos. Sin embargo no ocurrió así...Simón el viejo jamás cumpliría con su misión, jamás regresaría. Pero...¿dondé quedaron las talegas con el oro y la plata?. Los abitantes de los dos pueblos comentaban con tristeza: "Simón jamás llegó a la hacienda de beneficio de Don Francisco Ruiz de Guzmán", un próspero minero avecindado en el Fresnillo.

A él debería de entregar las talegas con la paga para los trabajadores de las minas y haciendas. Desde que se supo de su desaparición se temía lo peor por la presencia de los bandoleros y de los temibles guachichiles que merodeaban la región cometiendo infinidad de tropelías. Claro que se le buscó de manera desesperada por los alrededores, un grupo de gente armada iba al frente, eran de las tropas acantonadas en el presidio del Fresnillo.

Fueron varios los santos días que la pa-



trulla de soldados y voluntarios andaban de un lado a otro, se iban por las sierras del oriente, luego por la Bufa y hasta San Martín. Lamentablemente no encontraban rastro alguno que les pudiera llevar a la localización del desaparecido. Fue hasta uno de los atardeceres cuando un indito que iba a San Demetrio cruzando por el arroyo de la Olla alcanzó a ver a Simón.

Este le llamaba angustiosamente, le pedía ayuda. Como el indígena no sabía nada de la desaparición del viejo, pues se le acerco sin temor alguno, Simón se encontraba sentado en el brocal del pozo. El viejo, diría después el espantado indito...” me llamaba desesperadamente, me pedía que le ayudara a sacar del pozo unas bolsas de cuero que se le había caído y que por su edad no podía bajar...” Me ofreció decía el indito “que si le ayudaba a sacar esas bolsas, tomara algo de ellas como recompensa.

El nativo desconfiado como todos los de su estirpe, comprendió que algo no andaba bien por la insistencia del viejo. Con tristeza y visiblemente aterrados, encontraron el cuerpo del viejo cerca del pozo. Había sido brutalmente asesinado por los bandoleros.

Lo extraño de todo esto es que las bolsas de cuero jamás se hallaron por ningún lado,nunca se supo de ellas. Ignoraban que el viejo antes de ser victimado las arrojó al profundo pozo. El trágico suceso dio paso a la leyenda.

Los mineros de los dos pueblos, como otras personas que realizan su recorrido por este paraje, dicen que han visto a un anciano sentado en el brocal de ese pozo y les llama pidiéndoles ayuda.

Quienes conocen lo que ahí ocurrió se persignan y siguen de frente, otros que lo desconocen tratan de ayudarle porque cren que es un mendigo.

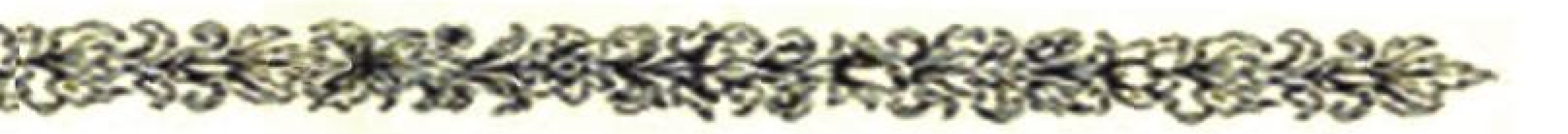
Les ha pedido a los que se atreven a acercársele, que deciendan a la noria, ya que su edad no se lo permite, y saquen las bolsas que se le cayeron accidentalmente. Les dice que en recompensa pueden llevarse algunas monedas.

Algunos de ellos jamás vuelven a salir. Al parecer son los desaparecidos de los que jamás se ha vuelto a saber de ellos. El porque jamás salen del pozo o desaparecen... Bueno...dicen... “Es porque la ambición les gana y al pretender quedarse con todo el oro el peso del mismo como de sus aviesas intenciones los hace sucumbir” .

Pero, siempre habrá alguoen que jamás sucumbirá ante la ambición y será quien al final disfrutará el tesoro. El será quien habrá de difundir su propia experiencia y de esa manera se conocerá la leyenda.

Será un humilde pastorcito, el lleva sus ovejas y cabras apastar en ese lugar. El sí entendió sin temor alguno el llamado del viejo. Como le vio muy demacrado y hambriento, le brinda parte del agua que lleva en el guaje y le ofrece una de las dos gorditas de maíz quebrado que tenía en su morral; eran su comida de todo el día.

El pastor acata la petición y desciende al profundo pozo y saca las talegas, se las entrega al viejo sin abrirlas . Este le dijo al pequeño que había sido asaltado por bandoleros y para esconder la paga de los mineros arrojó las bolsas a la noria. Jamás



le dijo que había sido asesinado.
El pasrorcillo jamás se imaginó que las bolsas de cuero contenían monedas de oro y plata. De este pastorcito nadie da razón, ya que también desapareció. Hay quien dice que se le vio después en otros reales, pero muy cambiado. Se cree que el viejo Simón le correspondió generosamente por haber sido escuchado.
Sin embargo no todo termina ahí, todavía hay quien jura y perjura, que un viejecito se aparece en diciembre en el brocal del pozo del arroyo de La Joya pidiendo ayuda para sacar las bolsas de cuero que ahí se le cayeron.

Quienes conocen la leyenda se se persignan y siguen su camino, pero, que pasa con otros que la desconocen? Nos dicen que muchos han desaparecido por ese paraje, incluso han buscado sus restos en el profundo pozo sin encontrar absolutamente nada. Del viejo Simón y del teroro de La Joya, como que nada se ha vuelto a saber.
Es posible que todavía esté en ese sitio, pero para tratar de comprobarlo, esperemos hasta el mes de diciembre. (III).-El arroyo es conocido como De la Joya, se encuentra, junto con la noria, entre las poblaciones de Plateros y Fresnillo.







# La curra de la calle plateros

En los cuarentas sin que nadie supiera de donde salió, empezó a recorrer la calle de plateros, donde la Plazuela de la Cruz Verde, una encopetada dama cuya figura y vestimenta parecia haber salido de las revistas de moda de principios de siglo. Dormía donde se le daba posada y se alimentaba de lo que los vecinos le obsequiaban.

En los cuarentas sin que nadie supiera de donde salió, empezó a recorrer la calle de plateros, donde la Plazuela de la Cruz Verde, una encopetada dama cuya figura y vestimenta parecia haber salido de las revistas de moda de principios de siglo.

Dormía donde se le daba posada y se alimentaba de lo que los vecinos le obsequiaban. No era una pordiosera, mucho menos una loca. Su comportamiento hacia notar que era educada. Su ropaje aunque ajado por los años, la hacia lucir a su manera y con cierto garbo caminaba como tratando de decir con su rítmico contoneo que aún permanecía en esa época donde el esplendor, glamour y riqueza era común denominador en las clases altas de la sociedad minera.

Así como llegaba, de un día a otro, se retiraba. Nadie, absolutamente nadie se atrevía a preguntarle de donde era o se dirigía. Solamente y con grandes dificultades, porque no permitía que la acosaran con preguntas, se pudo saber que se llamaba Francisca de la Riva.

De pronto enmudecía y no volvía o no quería pronunciar palabra alguna. Como que no deseaba condescender con la plebe. El vecindario y la chiquillería empezó a familiarizarse con ese extraño personaje venido de la nada, pero que llamaba la atención de todos por la forma de vestir y de lucir gran cantidad de alhajas, de las cuales con el tiempo se vio que eran de bisutería, no así sus raídos vestidos y abrigos, mantillas, pieles y sombreros, que aunque deteriorados, en su esbelto cuerpo lucían de cierta manera.

La gente la respetaba y le llamaba cariñosamente y con disimulado temor a una violenta reacción, como "Pancha la Curra" o simplemente la pancha. La muchachada desde el principio que apareció por el barrio le hacían todo tipo de bromas, lo cual la enfurecía, pero no pasaba a mayores ya que de inmediato volvía a su indiferente actitud y comportamiento, como si se adentrara a otro mundo, a un mundo que solamente su confusa mente recreaba. Pancha la Curra vivió, por decirlo así, durante varios años.

En ciertas temporadas hacia su maleta y se despedía de quienes le daban posada, para emprender el viaje sin que se llegara saber a donde. Luego volvía a reaparecer en la misma calle y se dirigía a una



de las casas que eran de un sacerdote, al parecer del padre Abasta, y que le administraba Don Domingo Robles, la númeri 29.

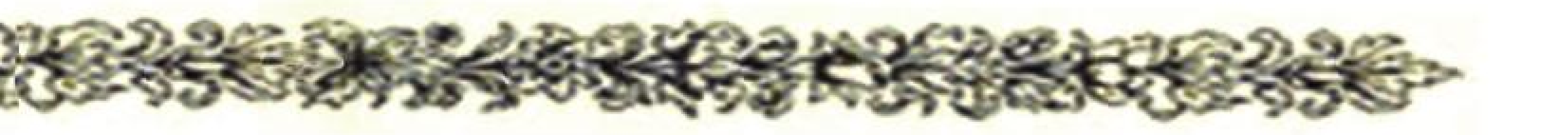
A propósito, otros decíres señalan que este religioso tenía numerosas propiedades en esa calle como en el callejón del Ciprés y Calle de la Luz. En tiempos más cercanos, la gente de edad que aún viven en las calles mencionadas, han expresado no una sino en varias ocasiones, que han vuelto a ver a Pancha la Curra. Camina con lentitud cargando sus deteriorados y empolvados velices y vistiendo el ropaje que es característico de ella. Es el personaje que regresa de una diferente y lejana época sin saber el porque.

Algunos vecinos de las calles adyacentes a la Plateros también han expresado que esa aparición ha vuelto.

El Real de Minas del Fresnillo producía plata principalmente, aunque también oro, pero en cantidades menores.

Creían que ya nunca jamás la verían por esa calles luego de que desapareció allá por los cincuentas. Dicen que ahora sí Pancha la Curra anda preguntando por aquí, por allá, de todas aquellas gentes que vivían en los antiguos y descuidados caseríos del padre Abasta. Nadie le ha podido dar respuesta ya que habla de épocas que ya se fueron.

Pancha la Curra camina de un lado a otro visiblemente cansada, hasta desorientada. Ya que no encuentra por ningún lado la casa número 29, ni el zahuán lleno de macetas y de pajarillos cantores, no encuentra aquel gigante mezquite que desde la calle s|e veía, ni las bardas de adobes de tierra colorada.



bien se puede asegurar que no tiene su alma en su almario, sino friéndose en las calderas de Pero Botero...

¡Ay vecina! Malo... malo... presumo que vamos a tener jarana; yo merefugio en la iglesia; pues por lo que veo, aquí van a andar más de sobra los cintarazos que los Paternóster. -Mirad, Mirad; las gentes del duque de Alcalá doblan. la esquina de la Plaza de San Pedro, y por el callejón de las Dueñas se me figura que he columbrado a las del de Medinasidonia. ¿No os lo dije? Ya se han visto, ya se detienen unos y otros, sin pasar de sus puestos...

los grupos se disuelven... los ministriles, a quienes en- estas ocasiones apalean amigos y enemigos, se retiran... hasta el señor asistente, con su vara y todo, se refugia en el atrio... y luego dicen que hay justicia.

Para los pobres...

Vamos, vamos, ya brillan los broqueles en la oscuridad... ¡Nuestro Señor del Gran Poder nos asista! Ya comienzan los golpes...; ¡vecina! ¡vecina!, aquí...

antes que cierren las puertas. Pero ¡calle! ¿Qué es eso? Aún no han comenzado cuando lo dejan. ¿Qué resplandor es aquél?... ¡Hachas encendidas! ¡Literas! Es el señor obispo. La Virgen Santísima del Amparo, a quien invocaba ahora mismo con el pensamiento, lo trae en mi ayuda... ¡Ay! ¡Si nadie sabe lo que yo debo a esta Señora!... ¡Con cuánta usura me paga las candelillas que le enciendo los sábados!... Vedlo, qué hermosote está ra ya ardido con estas disensiones de los duques. Vedlos, vedlos, los hipocritones, cómo se acercan ambos a la litera del prelado para besarle el anillo...

Cómo le siguen y le acompañan, confundiéndose con sus familiares.

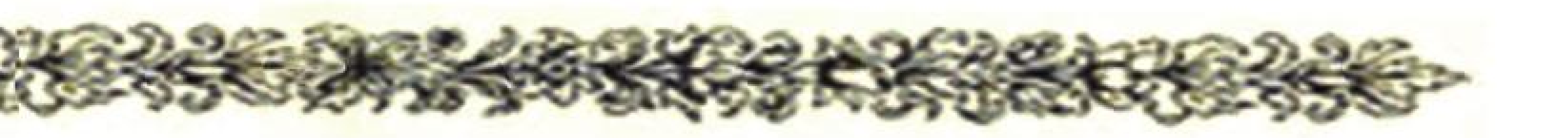
Quién diría que esos dos que parecen tan amigos, si dentro de media hora se encuentran en una calle oscura... es decir, ¡ellos... ellos!... Líbreme Dios de creerlos cobardes; buena muestra han dado de sí, peleando en algunas ocasiones contra los enemigos de Nuestro Señor... Pero es la verdad, que si se buscaran... y si se buscaran con ganas de encontrarse, se encontrarían, poniendo fin de una vez a estas continuas reyertas, en las cuales los que verdaderamente baten el cobre de firme son sus deudos, sus allegados y su servidumbre.

Pero vamos, vecina, vamos a la iglesia, antes que se ponga de bote en bote... que algunas noches como ésta suele llenarse de modo que no cabe ni un grano de trigo... Buena ganga tienen las monjas con su organista...

¿Cuándo se ha visto el convento tan favorecido como ahora?... De las otras comunidades, puedo decir que le han hecho a Maese Pérez proposiciones magníficas; verdad que nada tiene de extraño, pues hasta el señor arzobispo le ha ofrecido montes de oro por llevarle a la catedral... Pero él, nada... Primero dejaría la vida que abandonar su órgano favorito... ¿No conocéis a maese Pérez? Verdad es que sois nueva en el barrio... Pues es un santo varón; pobre, sí, pero limosnero cual no otro... Sin más



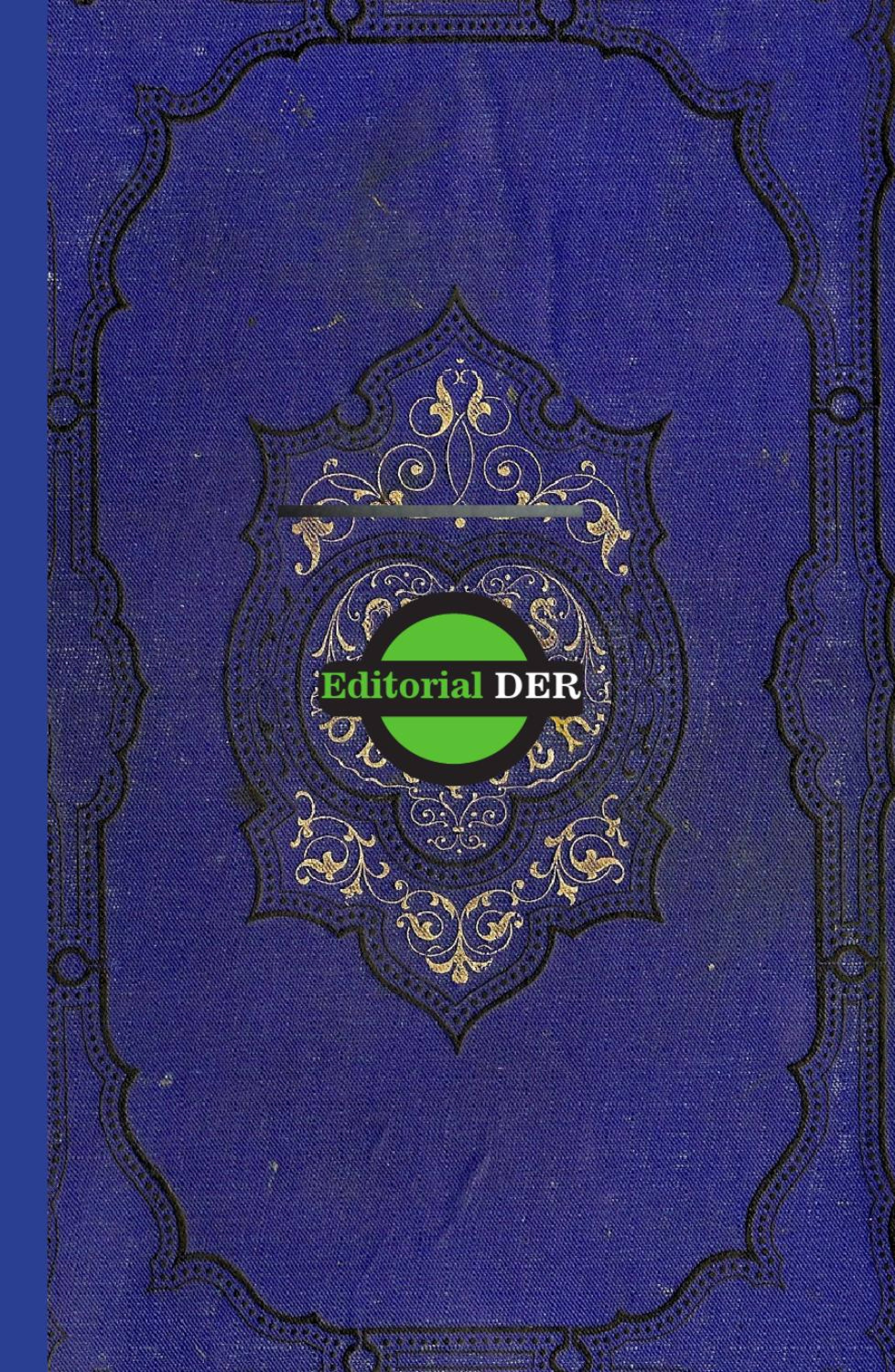
Pues nada,
él se da tal maña en arreglarlo y cuidarlo, que suena que es una maravilla...
Como le conoce de tal modo, que a tientas... porque no sé si os lo he dicho, pero el pobre señor es ciego de nacimiento... Y ¡con qué paciencia lleva su desgracia!... Cuando le preguntan que cuánto daría por ver, responde: Mucho, pero no tanto como creéis, porque tengo esperanzas. -¿Esperanzas de ver? - Sí, y muy pronto -añade sonriéndose como un ángel-; ya cuento setenta y seis años; por muy larga que sea mi vida, pronto veré a Dios...
¡Pobrecito! Y sí lo verá... porque es humilde como las piedras de la calle, que se dejan pisar de todo el mundo... Siempre dice que no es más que un pobre organista de convento, y puede dar lecciones de solfa al mismo maestro de capilla de la Primada; como que echó los dientes en el oficio... Su padre tenía la misma profesión que él; yo no le conocí, pero mi señora madre, que santa gloria haya, dice que le llevaba siempre al órgano consigo para darle a los fuelles. Luego, el muchacho mostró tales disposiciones que, como era natural, a la muerte de su padre heredó el cargo... ¡Y qué manos tiene! Dios se las bendiga. Merecía que se las llevaran a la calle de Chicarreros y se las engarzasen en oro... Siempre toca bien, siempre, pero en semejante noche como ésta es un prodigio... Él tiene una gran devoción por esta ceremonia de la Misa del Gallo, y cuando levantan la Sagrada Forma al punto y hora de las florido de Sevilla, hasta el mismo señor arzobispo,
vienen a un humilde convento para escucharle: y no se crea que sólo la gente sabida y a la que se le alcanza esto de la solfa conocen su mérito, sino que hasta el populacho. Todas esas bandadas que veis llegar con teas encendidas entonando villancicos con gritos desaforados al compás de los panderos, las sonajas y las zambombas, contra su costumbre, que es la de alborotar las iglesias, callan como muertos cuando pone maese Pérez las manos en el órgano... y cuando alzan... cuando alzan no se siente una mosca... de todos los ojos caen lagrimones tamaños, y al concluir se oye como un suspiro inmenso, que no es otra cosa que la respiración de los circunstantes, contenida mientras dura la música... Pero vamos, vamos, ya han dejado de tocar las campanas, y va a comenzar la Misa, vamos adentro... Para todo el mundo es esta noche Noche-Buena, pero para nadie mejor que para nosotros.
Esto diciendo, la buena mujer que había servido de cicerone a su vecina, atravesó el atrio del convento de Santa Inés, y codazo en éste, empujón en aquél, se internó en el templo, perdiéndose entre la muchedumbre que se agolpaba en la puerta.
La iglesia estaba iluminada con una profusión asombrosa. El torrente de luz que se desprendía de los altares para llenar sus ámbitos, chispeaba en los ricos joyeles de las damas que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo



las encomiendas rojas y verdes, en la una mano el fieltro, cuyas plumas besaban los tapices, la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque o acariciando el pomo del cincelado puñal, los caballeros veinticuatros, con gran parte de lo mejor de la nobleza sevillana, parecían formar un muro, destinado a defender a sus hijas y a sus esposas del






Editorial DER